

LA ORACIÓN

libro al
viento

Luis Tejada

DE LA ÚLTIMA RANA

Y OTRAS CRÓNICAS





Libro al Viento

COLECCIÓN LATERAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Claudia Nayibe López Hernández

Alcaldesa Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Catalina Valencia Tobón

Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Mauricio Galeano Vargas

Director General

Maira Salamanca Rocha

Subdirectora de las Artes

Hanna Paola Cuenca Hernández

Subdirectora de Equipamientos Culturales

Leyla Castillo Ballén

Subdirectora de Formación Artística

Liliana Morales Ortiz

Subdirectora Administrativa y Financiera

Carlos Alberto Ramírez Pérez

Gerente de Literatura

Ricardo Ruiz Roa, Andrea Mojica Molina,

María Camila Jaramillo Laverde, María

Eugenia Montes Zuluaga, Wilmar Molina

Vargas, Yalila Pérez Montoya, Ivonne

Alejandra Malaver Castiblanco, Lorena

Iglesias Meléndez y Vivian Julieth Melo

López.

Equipo del Área de Literatura

PRIMERA EDICIÓN

Bogotá, noviembre 2023

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© Fredy Ordóñez, por la presentación

Camila Cardeñosa, diseño de la colección **Bastarda Type** y Camila Cardeñosa, diseño de la tipografía **Obispo**

Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación

Fredy Ordóñez, edición

© Benjamín de la Calle, en Wikimedia Creative Commons, por la imagen de la página 148.

Ricardo Rendón, por la imagen de cubierta y de la página 15.

ISBN: 978-628-7686-10-6

ISBN digital: 978-628-7686-11-3

Multi-Impresos SAS, impresión

Impreso en Colombia

Noviembre 2023

GERENCIA DE LITERATURA

IDARTES

Carrera 8 N° 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: (601) 3795750

www.idartes.gov.co

contactenos@idartes.gov.co

 @LibroAlViento  @LibroAlViento

LA ORACIÓN

DE LA

ÚLTIMA

RANA

Y OTRAS CRÓNICAS

11
REBUSCADOR DE PARADOJAS
Presentación

17
LA ORACIÓN DE LA ÚLTIMA RANA

19
EL CONGRESO

22
BIOGRAFÍA DE LA CORBATA

25
LA POSADA DE “EL BUEY”

28
ELOGIO DE LA GUERRA

32
EL FRANCISQUISMO

36
LOA PROSAICA AL BUEN ACREEDOR

39
LA LIBERTAD DE PRENSA

42
LOS RETRATOS

45
EL REVÓLVER

48
EL CRITERIO ANTIPOLÍTICO

51
EL VALOR DE LA VIDA

55
EL ARTE DE CAMINAR BIEN

60
SOBRE EL AMOR Y LA BELLEZA

65

REJURRECCIÓN

68

LA LECCIÓN DE LOS GUAJIROS

72

EL PESCADOR

74

LOS FALSOS MENDIGOS

79

EL TRABAJO

83

EL OPTIMISMO

86

EL CONCEPTO DE LO CLÁSICO

90

EL AZAR EN EL NEGOCIO

93

EL EPITAFIO A STAMBOULISKY

97

UN POETA NUEVO

101

EL HOMBRE Y LA BESTIA

104

YO ME DEJO LA BARBA

106

EXISTE LA DICTADURA

110

EL PASO DE "EL VIENTO"

113

LA COLA

117

ELEGÍA A LOS PERROS MUERTOS

120
EL CARPINTERO

123
LOS VERJOS

126
FANTASÍA EN MADERA

130
EL HOMBRE QUE SE CASA

133
LOS CORDONES

135
LOS QUE LLORAN EN EL TEATRO

138
LA ÉTICA DEL PANTALÓN

141
EL CORO DE LAS LAMENTACIONES

744
LA FELICIDAD

747
NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

748
EL AUTOR

Libro al Viento es un programa de fomento a la
lectura del Instituto Distrital de las Artes - Idartes,
entidad adscrita a la Secretaría de Cultura,
Recreación y Deporte.

REBUSCADOR DE PARADOJAS

Presentación

LAS CRÓNICAS QUE CONFORMAN ESTE LIBRO APARECIERON EN PERIÓDICOS Y FUERON ESCRITAS POR LUIS TEJADA CANO ENTRE 1918 Y 1924. AUNQUE APUNTABAN A UN LECTOR DE PERIÓDICOS, DADA SU AIROSA CLARIVIDENCIA Y SU RIQUEZA ESTILÍSTICA SUPERAN AMPLIAMENTE LOS LÍMITES QUE SUPONÍA DIRIGIRSE A ESE AFANOSO Y MUCHAS VECES DISTRAÍDO PÚBLICO CONSTITUIDO POR LOS COMPRADORES DE DIARIOS.

Cualquier hecho —mínimo o grandioso— o cualquier tema —de actualidad o intemporal— podían dar origen a una de sus columnas (una matanza de perros, el mortífero duelo de dos enamorados, una rebelión guajira, el asesinato de Stamboulisky, el matrimonio de Anatole France o la caracterización psicológica del pantalón), pero el resultado era siempre la síntesis de aquello que auténticamente pensaba y la formidable suma de sus percepciones y convicciones, sobre todo las que tenía justo en el momento de escribir la crónica,

pues era un escritor admirablemente contradictorio; tan fecundo era su estilo que le permitía defender categóricamente una idea y, tiempo después, adoptar una posición contraria e irreconciliable con la anterior, sin muestra de perder coherencia y sin mengua de la suntuosidad de su prosa.

Sí, era un portentoso contradictor, y de ahí que muchas veces sus ocurrencias y paradojas (en las que reverberaban las greguerías de Ramón Gómez de la Serna) configuraran el luminoso soporte de sus textos: invitaba a amordazar la prensa, decía que las armas “poseen esa preciosa cualidad de tranquilizar”, aseguraba que el hombre moderno ya no sabía caminar bien, proponía gravar la mendicidad y era capaz de comenzar una crónica —y llevar hasta sus últimas consecuencias— con la siguiente afirmación: “Para que una mujer sea verdaderamente bella debe ser un poco fea”.

Como llevaba al límite su capacidad de contradicción, no nos puede extrañar que fuera además un revolucionario, tanto en sus escritos como en sus actos. De modo paralelo a su desahogada actividad como escritor —se calcula que escribió más de 700 textos, entre 1917 y 1924—, fue un incansable agitador político y en torno a él se aglutinó el primer grupo comunista de Colombia. Y, como revolucionario, Tejada tuvo la facultad de abrirse paso entre el desordenado ruido de su tiempo y leer —a menudo con humor, siempre por atajos imprevistos— el

futuro, donde parecía sentirse más cómodo. Visionario como era, muchas de sus crónicas parecen escritas ayer mismo; es fácil que sus ideas, propuestas e iluminaciones nos resulten inquietantemente actuales. Señaló, por ejemplo, el carácter anquilosado de la literatura colombiana de su época —desde sus orígenes supo calcular la grandiosa dimensión poética de Luis Vidales y León de Greiff—, denunció la estrechez moral de los políticos de turno, se lamentó de ese hábito nuestro de añorar lo extranjero exhortándonos a vivir en el futuro y no detectó nada que distinguiera a un colombiano de un venezolano (“Realmente, sería muy difícil saber qué diferencia, fuera del nombre, hay entre un colombiano y un venezolano. El observador menos sagaz tendría que convenir en que son dos seres iguales que llevan voluntariamente o involuntariamente un rótulo distinto, que no corresponde a una división íntima y sustancial”). Como se ve, nada parece haber cambiado.

Luis Tejada tuvo una vida fulgurante: nació en 1898, en Barbosa (Antioquia), en el seno de una familia profundamente liberal. En 1917 publica sus primeras crónicas en el periódico estudiantil *Glóbulo Rojo* y ese mismo año publica su primera crónica en *El Espectador*. Trabaja luego para *El Universal* y *La Nación* en Barranquilla. En 1920, en Medellín, llega a publicar 215 crónicas y se convierte en el primer presidente de la Asociación de Cronistas de Medellín. En 1922 vuelve a Bogotá

y publica en *La República*; ese año el mismo día se casa en Pereira con Julieta Gaviria y en Barranquilla es proclamado Príncipe de los Cronistas colombianos. Funda el periódico *El Sol*, que apenas dura. En 1923 vuelve a *El Espectador* y en agosto es nombrado director de su suplemento literario. Exhausto, soportando los síntomas de presumiblemente varias enfermedades, Luis Tejada —el autodidacta, el ocioso, el vivaz y fiel amigo, el rebuscador de paradojas, el fumador de pipa, el generoso apóstol de las reivindicaciones obreras— murió en el Hotel Suiza de Girardot, el 17 de septiembre de 1924, a los 26 años. Tras su deceso, incluso sus antípodas políticos rindieron homenaje a su persona y enaltecieron el genio de su escritura, e hicieron lo propio sus amigos y compañeros de andanzas —Alberto Lleras Camargo, Ricardo Rendón, Jorge Zalamea, entre otros—. John Galán Casanova, que le escribió una biografía (titulada *Vida breve, crítica crónica*), cita un fragmento entrañable de la carta que publicó Ciro Mendía en *El Espectador*: “Luis Tejada, Luis, ¿qué es eso? ¿Tú que no tienes un peso, tan largo viaje emprendiste? [...] Tú no has muerto, Luis Tejada. Yo a ti no te creo nada. ¿Muerto tú? ¿Muerta tu roja vida apenas empezada? Esta es una paradoja de las tuyas, Luis Tejada”.

Fredy Ordóñez

Editor de Libro al Viento

LA ORACIÓN

Luis Tejada

DE LA ÚLTIMA RANA

Y OTRAS CRÓNICAS



LA ORACIÓN DE LA ÚLTIMA RANA

¿QUÉ HA SIDO DE LAS BUENAS RANAS DE LA Sabana durante este largo verano abrasador? Yo, que vivo fuera de la ciudad, en el campo iluminado y melancólico, no he vuelto a oír su canto vespertino. Quizá se haya apagado para siempre la voz de las dulces flautas de las ranas; quizá todas las ranas de la Sabana hayan expirado tostadas por el sol cruel y yazgan ahora entre los yerbales sus cadáveres negros y retorcidos, como suelas de zapatos viejos.

Yo quisiera escribir un modelo de oración o rogativa, para uso de la última rana, de esa pobre rana superviviente que debe de estar por ahí metida entre los pliegues de una hoja seca.

Podría decir así: “Señor: tened piedad de la última rana del campo, ahogada entre el polvo de los pantanos extintos, herida por las lanzas de las yerbas áridas de las praderas.

”En el universo infinito, poblado de espléndidas mansiones, cruzado de soles y de mundos, yo no pido para mí

sino una pequeña hoja húmeda o el hueco que ha dejado el casco de un caballo, lleno con el agua fresca de la lluvia.

”Enviad sobre la tierra esa bella nube negra, preñada de dulces relámpagos, mensajera de la tempestad, de la alegre y violenta tempestad cuyo fragor es música celeste, voz divina, clarín sacrosanto que anuncia la vida al ínfimo anfibio de las lagunas secadas por el sol.

”Enviad sobre la tierra esa bella nube que ha de traer en su seno el licor frío y confortante para nuestras bocas quemadas, perennemente abiertas sobre el cielo cruel.

”Señor: tened piedad de mi gran sed. Yo soy la última rana. Siento que mi piel reseca se abre y se arruina como los terrones del agro. Yo no soy sino un pequeño terrón negro con dos ojos dolientes, llenos de vaga esperanza.

”¡Señor: oíd la oración de la última rana!”.

EL CONGRESO

EL DESPRESTIGIO, CADA DÍA MÁS EXTENSO Y ostensible, que está adquiriendo el Congreso en la opinión pública tiene una razón de ser muy sencilla: el Congreso no ha logrado interpretar con exactitud la voluntad y la esperanza del país. El país, es decir, el pensamiento medio de la gran masa ciudadana se ha formado ya una percepción lúcida de su propio destino; está abocado francamente a una perspectiva definida de engrandecimiento nacional; sabe, o presume lo que debe hacerse y en qué sentido, y quiere que eso se haga. Hay, pues, un claro criterio colectivo, una verdadera conciencia nacional. Pero, por un singular fenómeno difícilmente definible, el Congreso, salido de la masa ciudadana, no exterioriza ni concreta ese criterio, no está a la altura de ese grado de concepción futurista; respecto a la evolución lúcida de la conciencia nacional, el Congreso aparece retrasado, sumido en un período incipiente y caótico.

Dicen que la ineficacia del Congreso se debe al exceso de personal; pero hay muchos parlamentos más numerosos y agitados que realizan, sin embargo, una labor copiosa, dentro de panoramas de acción vastos, complejos, nutridos de graves problemas. ¿Es, entonces, incapacidad intelectual o cultural? No debe ser, porque ha habido parlamentos más sencillos e ignorantes, como la Asamblea de Angora, por ejemplo, que han logrado interpretar y desarrollar la íntima voluntad nacional, con decisiva eficacia.

Lo que le falta a este Congreso es una virtud fecunda, que no se refiere principalmente al aspecto de la fisonomía externa, sino que es más bien interna, espiritual y esencial: la seriedad. La seriedad considerada en el sentido en que realmente debe considerarse: como una preocupación sincera, como una emoción trascendente. Este Congreso no posee una noción seria del porvenir del país ni su labor se adelanta sobre una previsión dilatada, armoniosa y orgánica. Ni en la actitud general de la corporación, ni en las actitudes parciales de los grupos, se advierte un criterio arquitectónico, una ilusión fundamental de vida colectiva; pueden existir allí individualidades más o menos preocupadas y conscientes, pero su actuación no alcanza a imprimir un carácter definido ni al ambiente total del Congreso ni siquiera al aspecto de los grupos. Esas voces aisladas desaparecen en el caos

dominante; no triunfan, no afilian partidarios, porque allí no es propicio el deslindamiento de campos ideológicos ni se puede crear un eminente y verdadero espíritu polémico; hay pruritos de contradicción, oposiciones y adherencias circunstanciales que no obedecen a una división esencial de ideologías categóricas, sino, frecuentemente, a intereses de personas, de círculos, o de regiones. Una intención seria tiene que morir ahogada dentro de esa confusión espasmódica, espantosamente frívola, en que no hay ni un vestigio de conciencia colectiva, de emoción patriótica.

En este sentido, la evolución del criterio nacional, de la videncia ciudadana, ha dejado atrás al Congreso; por eso hoy el Congreso no es como debería ser, una luz de vanguardia, sino un fardo que el país tiene que conducir a remolque.

BIOGRAFÍA DE LA CORBATA

¿CUÁNDO PODRÉ ESCRIBIR UN LARGO LIBRO minucioso sobre la psicología de las ropas? Me obsesiona la idea de hacer, en un estilo expresivo y sincero, la biografía de esa humanidad silenciosa, hueca y cálida, que pasa la existencia colgada a los roperos, expuesta en las vitrinas, sumida en los escaparates de los montepíos, o adherida a los hombres como una segunda personalidad envolvente; las ropas son un molde de humanidad o una humanidad vacía, que plagia y se asimila la vida y la forma de la otra humanidad: cada hombre tiene un segundo cuerpo en ese vestido completo que yace colgado en la esquina de la alcoba.

¿Algún día, provista ya de una verdadera vida propia, se pondrá en marcha por sí sola esa doliente muchedumbre de gentes “en potencia”, que son los trajes de los hombres?

Yo, quizá, he empezado a observar algunos indicios de la presencia de ese fenómeno inusitado, pero verosímil. Hace

cierto tiempo estoy estudiando con cuidado la psicología de mi corbata, sus costumbres, su manera de ser, su genio, en fin, y de pronto me asalta la idea de que esa corbata pueda llegar a adquirir un alma independiente, pueda llegar a constituir un organismo intrínseco, con vida animal propia, autónoma.

Mi corbata es una vieja tira de seda, que ha ido alargándose y puliéndose, haciéndose sutil y dúctil con el tiempo y con el uso; y el contacto continuo, la existencia perenne junto a un hombre, la ha espiritualizado un poco, le ha dado cierto calor del alma; podría decir que mi corbata casi vive.

¿Casi vive o vive realmente? Yo no sé. Pero entonces, ¿por qué a veces se desliza por sí sola desde la barandilla de la cama? ¿O por qué, a menudo, huye de la silla y aparece en el rincón opuesto apaciblemente enrollada como una serpiente que duerme? ¿O por qué, en una ocasión, la buscamos en vano durante tres días, hasta que se hizo visible por sí sola cerca de un agujero del entablado? ¿Era que estaba en excursiones subterráneas?

Yo siento la inminencia de esa mañana prodigiosa en que mi corbata va a salir arrastrándose onduladamente detrás de mí, como un pequeño animal amaestrado.

Y no puedo sustraerme al temor ahora cuando, frente al espejo, hago el ademán característico de anudar la corbata,

ese sintético que es como un simulacro de estrangulación, que le recuerda a uno todas las mañanas la proximidad de la muerte. Me veo, me sorprendo con un aire de domador de serpientes, con el aspecto místico del que lleva enroscado al cuello un crótalo traidor.

LA POSADA DE “EL BUEY”

ACABO DE LLEGAR A ESTA POSADA, QUE BIEN podría llamarse infernal, solo por el calor que hace, si no fuera que aún tiene algunas otras cualidades que garantizan la exactitud del adjetivo.

Estoy en plena tierra caliente. Me he entrado del corredor para escribir. Afuera, el cielo está puro y las estrellas parecen más vivas, más nítidas y más cercanas que en otras partes. En el patio hay una tolda de arrieros, blanca, que adquiere bajo la noche luminosa un aspecto gitano y fantástico. He permanecido un momento junto a esos hombres ambulantes; sentados, mudos y siniestros, al redor de la fogata inmóvil, que los sumerge a intervalos en la sombra o les riela los rostros de fulgores lívidos.

Luego, he ido un poco hacia el río, tratando de explicarme el misterio penetrante de estas tierras cálidas. Hay una especie de exageración monstruosa de la naturaleza:

la vida es aquí activa y exuberante, hasta un grado extraordinario; los gusanos parecen cepillos de ropa, las lagartijas son como pequeños caimanes, y se podría llamar bisontes a los terneros.

Empieza uno a ver seres francamente mitológicos, como la iguana, de roja cresta en el espinazo, y pájaros desconocidos de plumas blancas y bermejas, que lanzan gritos casi humanos; la vegetación se apretuja en un afán loco por ascender, por desbordar; se diría que los arbustos luchan unos con otros para conquistar su porción de aire; los bejucos cimbreantes cuelgan por doquiera, y las trepadoras, tan femeninas y tan sensuales, suben por los viejos troncos, abrazándose a ellos con amor rabioso; se ven, a menudo, hojas anchas y policromas, como sombrillas elegantes, arbolillos todos rojos o todos amarillos o todos blancos, orquídeas frágiles y flores de perfumadas fragancias.

El sol eminente, “sin quien las cosas no fueran más que lo que son”, da a todo eso un colorido aún más vivo, mortificante, heridor. Y de los yerbales y de los montes asciende un perfume acre, un perfume que “sabe” a algo amargo y malsano.

En general, el ambiente enervado, macizo y sofocante, saturado de una sensualidad brutal, nos abrumba, nos acogota, debilitándonos y empequeñeciéndonos en medio de la fortaleza fecunda de las cosas.

Nos inquieta sentir por todas partes ese germinar impetuoso de la vida, esos cuchicheos en los rastros, esas carreras brujas en el monte, esos gemidos y silbidos y algazaras de mil seres invisibles que un maravilloso impulso vital lanza unos contra otros, al amor y a la pelea.

Aquí la vida marcha hacia sus fines primordiales, sin economía de fuerzas, sin sentido de las proporciones. La tierra caliente es una caricatura bella y trágica de la naturaleza habitual.

Yo amo y admiro este exceso agotador, este suicidio vertiginoso de las cosas por acumulación de radioactividad.

Aunque es cierto que ahora sufro directamente algunas de sus consecuencias funestas. Porque en tierra caliente hay muchos más grillos y con mejores gargantas que en todas las otras tierras. También hay que dar infinitamente más vueltas en la cama antes de dormirse.

ELOGIO DE LA GUERRA

ES INTERESANTE Y CONMOVEDOR VER LOS esfuerzos enormes que hacen los hombres en todas partes, por aparecer pacifistas, por amar y realizar ese sueño absurdo e inexplicable que se llama la paz. Pero en la íntima realidad, en la realidad profunda y subterránea del corazón, ningún hombre logra ser pacifista verdadero; aun bajo la capa gruesa de carne del burgués más burgués y más gordo, queda una divina chispa bélica, una partícula del instinto supremo de la guerra, que no han logrado apagar definitivamente ni las alucinaciones locas de la razón ni la influencia de una vida regalada y soñolienta.

Y es que el hombre es, al fin y al cabo, un animal noble y fuerte dotado de poderosa vida interior; para alimentar su alma insaciable tiene que eliminar lo externo, que absorber lo circundante; mientras más alma se tenga, más potente es el instinto de la absorción; podría decirse que,

después del combate, los vencedores se han asimilado el alma de los muertos, la han incorporado a su vida interior, acrecentándola; por eso sin duda los ojos de los vencedores son tan luminosos y sus piernas tan ágiles y tan vitales.

Pero, por una singular contradicción, el hombre se avergüenza de la guerra. Es verdad que, generalmente, el hombre se avergüenza de todo lo que pudiera enorgullecerlo. Del amor, por ejemplo; sin embargo, el amor, como la guerra, es una sed infinita de alma; un abrazo y una estocada son dos maneras distintas de vigorizarse, de duplicarse interiormente, eliminando o queriendo eliminar a otro ser. El hombre se avergüenza de ambas cosas, quizá por la secreta y misteriosa afinidad que hay entre ellas. En todo caso, el pobre hombre sueña siempre con llegar a ser una entidad dócil, apacible, conciliadora, llena de dulce benignidad hacia todas las cosas, y especialmente hacia los otros hombres; y hay muchos que logran conseguirlo aparentemente, superponiendo a su naturaleza esencial de animales puros, una naturaleza artificial confeccionada a base de razonamientos idealistas y de sueños fantásticos. Pero, en el fondo, la chispa selvática y agresiva vigila: yo conozco convencidos pacifistas que al ver pasar bajo sus balcones un batallón rutilante o al oír en el campo de maniobras la sonora y milagrosa voz del clarín, gritan vivas

al ejército y tiran los sombreros al aire, penetrados, a su pesar, de la inefable emoción que produce la sola visión de los guerreros en marcha. Las más razonables diatribas contra la guerra y los principios más arraigados de benevolencia humana no llegarán a oscurecer nunca la figura estimulante del guerrero, bello, intrínsecamente bello, en medio de su decorativa esplendidez.

Lo que sucede, en los pueblos obstinadamente pacifistas, es que el instinto de guerra degenera en curiosas desviaciones hacia el crimen y la violencia particular. En una época normal de guerra, el Hombre Fiera, por ejemplo, hubiera sido indudablemente un gran general; su alma misteriosa y voraz lo hace creer así; hubiera sido, sencillamente, un Napoleón, con toda su enérgica vida interior y su juventud sobrehumana. Un boxeador es un capitán de dragones en calzoncillos, a quien la paz arrebató su espada formidable. El mal humorado solterón que al levantarse esta mañana le tiró con la escupidera a su sirvienta es un guerrero auténtico que se ha quitado a sí mismo un campo de batalla, unas armas y unos enemigos dignos de él, y que lógicamente debían estar a su alcance. Pero no ha podido quitarse —como debiera ser para proceder con justicia—, no ha podido quitarse su instinto bélico. Ahí

me tiene la contradicción curiosa que suele haber entre los sueños pacifistas de los hombres y su alma violenta: entre el instinto poderoso y la idea efímera.

EL FRANCISQUISMO

CUANDO HACE POCOS DÍAS SE HABLABA AQUÍ de amor en sus diversas manifestaciones, un amigo me interrogó acerca del afecto a veces verdaderamente intenso que algunas personas tienen a los animales familiares, el perro, el gato o el caballo.

No dije nada entonces, por no alargar demasiado aquellas charlas, pero he cavilado con frecuencia en el asunto, y me he sorprendido cada vez más al examinar ese sentimiento que a menudo adquiere en el hombre proporciones morbosas y extrañas. Yo conozco quién sea capaz de hacerse matar o de matar a otro ciudadano en defensa de un perro querido; conozco quién vería con indiferencia una catástrofe

pavorosa con sus muertos y heridos, pero se conmovería y se indignaría hasta el último grado porque le hacen a su gato una caricia demasiado fuerte.

Pero lo curioso de ese amor que no sé cómo calificar es que solo se produce habitualmente hacia determinados animales. Yo comprendería que se amara a la fauna en general, ya que en toda ella alienta una vida igual y un idéntico principio humano: que se amara lo mismo al león que al caballo, al gato que al elefante, puesto que tan animales son los unos como los otros. Pero, ¿por qué amamos al perro y odiamos al conejo? Aun dentro de la misma fauna doméstica, hacemos ciertas clasificaciones absurdas: protestamos porque los muchachos matan los pajaritos, y por la noche nos comemos sin remordimiento las gallinas y los palomos, que también son pájaros; ponemos el grito en el cielo porque se vapula un poco a los caballos, pero almorzamos con tranquilidad carne de buey, dulce e inocente cuadrúpedo; qué gentes tan crueles, decimos, son esas que maltratan y matan a los pobres perros, pero nos desayunamos con chuletas de cordero, bicho bueno y angelical como ninguno. Esta fragmentación del amor, esta división arbitraria del sentimiento es lo que yo no comprendo y me tortura como un enigma indescifrable. Para mí, una sociedad protectora de animales, de ciertos animales se entiende, es la paradoja más terrible

de la vida moderna; me parece una mescolanza hipócrita y solemne de la caridad y del egoísmo, de la benevolencia y la necesidad; proclama públicamente que en el hombre un elevado ideal solo puede existir cuando no va a perjudicar la armonía caprichosa de una fórmula de cocina. Las tórtolas son en realidad unos pequeños seres tan bellos y tan dignos de protección como los turpiales; pero ¿cómo vamos a llevar también a la cárcel a los que matan tórtolas, si entonces se suprimiría en nuestros menús ese sabroso bocado?

Esta paradoja tiene una profunda razón de ser. Nuestro decantado amor a los animales, a las plantas, a las cosas inertes o vivas de la naturaleza es una aberración puramente teórica, una desviación del instinto hacia fines inferiores, una afección amanerada y superficial que no sería capaz de contrarrestar en nosotros a la más ínfima necesidad vital; aun el amor fuerte y normal no resiste al empuje de ciertas necesidades biológicas: hay madres que se han comido a sus hijos, enceguecidas por el hambre. ¿Qué diremos entonces de esos afectos *ad hoc* que creemos tener a los animales y a las plantas? El hermano perro, el hermano lobo, la hermana agua, las florecillas y los pajarillos, todo eso es una farsa sentimental con que los poetas sin robustez y los místicos morbosos nos fastidian a menudo. El panteísmo, ese panteísmo a la manera almibarada de San Francisco

de Asís, que se apoderó de una sociedad cansada y decadente, es un cloroformo espiritual que solo conviene a las almas débiles que anhelan difundirse en el universo: almas de humo y de niebla.

¡Siempre he creído que el hombre debe, al contrario, crear fuerte vida interior, independizarse, desprenderse de las cosas y erguirse en el mundo como una entidad hostil y rotunda, como un enemigo! Esta es la palabra hermosa y feliz que define mejor nuestra actitud digna ante la naturaleza. ¿Por qué vamos a amarla y a protegerla, si ella nos odia, si ella lanza contra nosotros sus leones y sus serpientes, sus ríos bravíos, sus bosques poblados de amenazas, sus ciénagas febriles, sus precipicios, sus tempestades, sus epidemias? Admirémosla porque es bella y soberbia, pero como se admira al contendor implacable con quien tendremos que luchar sin esperanza hasta la muerte; admirémosla sobre todo en sus manifestaciones imponentes y grandiosas, pero no caigamos en el alambicamiento de adorar a las florecillas tontas y a los pajarillos ridículos que nos tendremos que comer fritos antes de que los buitres nos coman a nosotros.

LOA PROSAICA AL BUEN ACREEDOR

TODAS LAS MAÑANAS EL BUEN ACREEDOR LLEGA hasta la puerta de mi oficina y se detiene silencioso: yo levanto la pluma y lo miro; él insinúa con la cabeza y con las manos un gesto interrogador, amplio y benévolo; yo le respondo, insinuando a mi vez otro gesto pausado y transversal como el que dice, no; él, entonces, sale tranquilo, sin desilusión y sin entusiasmo.

Ese es el buen acreedor. Yo lo admiro con la admiración cobarde y saturada de envidia que las almas pequeñas tienen al alma grande y fuerte; porque yo quizá no sería capaz de ser así; probablemente sería un acreedor sañudo, perseguidor y tiránico como la mayoría de los hombres cuando son acreedores. Porque no hay nada en que se pueda ser malo con tanta injusticia como en el acto de cobrar lo que le deben a uno; por eso todos aprovechamos con placer esa oportunidad de ser perversos sin que se nos pueda

reprochar demasiado la perversidad. Todos, menos el buen acreedor, ser excepcional y estupendo, cuyo espíritu está situado sin duda en una esfera eminente de discreto escepticismo, a juzgar por la manera compasiva y tolerante como comprende la vida y las urgencias y las angustias y las locuras de los pobres hombres; quizás el buen acreedor comprenda también que, en el fondo, no hay una razón realmente poderosa para pagar las deudas, o al menos, que está próximo el momento en que esa razón no exista, porque el mundo evidentemente deriva hacia la realización de un ideal, muy hermoso y muy justo, como es la república comunista, en que cada uno tendrá el deber de desprenderse de lo superfluo en favor del que no tiene siquiera lo necesario. Eso quiere decir que hay la obligación de prestar dinero al prójimo, pero no la de pagarlo. Y cuando se hacen tantos esfuerzos y se vierte tanta sangre para realizar ese ideal, siempre es porque en el fondo en él hay un principio de verdadera justicia, algo que concreta un anhelo general de la humanidad.

O quizás el buen acreedor no haya oído a los oradores socialistas y no tenga ese presentimiento de lo que va a ser el porvenir. Entonces su bondad será una bondad pura y sentimental, como la de los santos; una bondad comprensiva de la miseria del mundo y de los tormentos cotidianos

de los hombres, y sobre todo, del tormento de tener deudas, uno de los más grandes y más meritorios ante Dios, sin duda, porque es el que más se parece al martirio.

LA LIBERTAD DE PRENSA

YO NO SÉ POR QUÉ SE ESTÁN AFANANDO TANTO los periodistas por sostener a todo trance la tesis en favor de la libertad de prensa. Es evidente que la letra de molde está ya demasiado desprestigiada entre el público, y necesita una valorización eficaz. Pero los periodistas por sí mismos no han logrado efectuar esa valorización: en vano se esfuerzan, no solo por escribir bien, sino por hacerlo con verdadero fervor y hasta con justicia. Nada: la palabra ha perdido totalmente su fuerza de convicción, su dinamicidad efectiva, su influencia motriz sobre las masas. Ya nadie cree en lo que se escribe, sin duda porque se ha abusado demasiado de la pluma y porque ya el escribir no trae consecuencias graves. Y es que la palabra, como ciertos gases, requiere una fuerte presión exterior para que se haga explosiva y peligrosa, para que se convierta en fuerza impulsora. Un editorial, por ejemplo, que le pueda acarrear al autor cuatro años de

bóvedas de Cartagena o el destierro indefinido tiene que convencer y conmover más al público que el mismo editorial en las circunstancias actuales de libertad, cuando al presidente atacado o a los ministros escarnecidos solo les es permitido sonreírse del editorialista o rabiarse un poco, según el genio de cada cual. Y si ese autor llegara hasta ponerse en peligro de que lo fusilaran, ya no solo convencería y conmovería, sino que llegaría a apasionar de tal manera al público, que podría provocar una revolución. Si Alfonso XIII hubiera fusilado al otro día a Unamuno, a estas horas España fuera una república comunista; pero desgraciadamente el rey, demasiado timorato o demasiado inteligente, no se atrevió a dar ese paso decisivo.

Realmente, oprimir la prensa es cargar de dinamita los linotipos. La única y la última esperanza que yo tengo respecto de la caída del partido conservador en Colombia está en esas tentativas de amordazamiento de la prensa, que se insinúan en el Congreso; solo así lograría adquirir la pluma su antiguo prestigio heroico y demoledor, su antigua capacidad de arma terrible, más eficaz que la bomba y más aguda que el puñal; solo así sería efectivo y definitivo el movimiento de oposición.

Sin contar con que, bajo una presión feroz, práctica, efectiva, el oficio de periodista volvería a hacerse pintoresco y

deliciosamente accidentado; porque esta vida así es desesperante, cuando ya ni siquiera lo fusilan a uno, por más que grite.

LOS RETRATOS

¿HAY EN LOS RETRATOS ALGO SIQUIERA DEL espíritu de las personas retratadas? No lo sé. Ayer mi mejor amiga me ha obsequiado uno suyo, hecho con primor por el señor fotógrafo; yo lo contemplé largamente y no supe después qué hacer de él; al fin, lo puse al revés, sobre la pared de mi cuarto, porque yo quiero de verdad a esta muchacha enigmática y no me gustaría contemplarla siempre en esta posición fija, imperturbable y un poco falsa, un poco estirada, que adoptan todos los retratos, por más naturales que pretendan aparecer.

¿Qué es lo que amamos en una mujer: lo que la asemeja a las otras mujeres o lo que la diferencia de ellas? Todas las mujeres tienen ojos, todas las mujeres tienen boca, todas las mujeres tienen pies, pero todas las mujeres son distintas en la manera de mirar, en la manera de hablar y en la manera de caminar. Solo en estas tres cosas, la mirada, la

voz y el movimiento, se siente la personalidad propia, original y más o menos poderosa de una mujer, porque solo estas tres cosas son eminentemente espirituales, puesto que tienen su génesis y reciben su impulso de ese misterioso depósito de fuerzas interiores, que es sin duda lo que queremos llamar alma. En estas tres cosas, cuando se acentúan al influjo de un espíritu superior, está el secreto de la gracia envolvente, irresistible y terrible que hace de ciertas mujeres un centro magnético, un foco de atracción fatal y deliciosa. Y esas tres cosas son precisamente las que están “muertas” en todos los retratos.

Este que tengo aquí representa la quietud absoluta; pero yo lo que amo en aquella dulce amiga es su movilidad; amo las variaciones infinitas de su manera de mirar, desde el pestañeo fulgurante, acompañado de un leve fruncido de cejas, que indica el asombro ante una pregunta inesperada, hasta la mirada amplia, honda y triste de los momentos de duda, o la fijeza penetrante cuando quiere decir algo “sin palabras”; amo también su voz, porque la voz ¿no es algo todavía más vivo, más vital, más enérgico que la mirada, y al mismo tiempo, o por esto mismo, más espiritual? Esta voz de modulaciones innúmeras es sorda y concentrada en el instante de la ternura, cuando las palabras, detenidas mucho tiempo dentro del pecho, salen al fin, entre dientes,

como brasas; franca y abierta cuando refiere “una historia”, y mimosa y suave cuando amenaza, fingiendo rencor. Y amo, sobre todo, su movimiento: grave y elástico en la marcha; ágil, con agilidad felina y firme cuando salta la pequeña zanja o el caño estrecho de la calle; ligero y fugitivo cuando, al llegar a la casa, traspasa el umbral.

¡Ah!, el movimiento tiene en ciertas mujeres un sentido místico y recóndito, un no sé qué trascendente que las incorpora más visiblemente que a todos los otros seres, al ritmo del mundo, que hace sensibles en ellas de un modo singular la armonía inefable del Universo. Y, dentro de una significación más relativa, el movimiento hace que los perfiles sean siempre fugaces, borrosos, inaprehensibles: por eso nunca vemos a una mujer de la misma manera y siempre encontramos en ella, a lo largo de esa mudabilidad infinita, una faz, una actitud levemente nueva. A cada minuto esta mujer es distinta para mí, y ese es su encanto.

¿Cómo voy a tolerar, entonces, este retrato desesperante sobre mi mesa, si en él ella aparecerá a mis ojos eternamente igual a sí misma?

EL REVÓLVER

MI QUERIDO COLEGA “CALIBÁN” SE PRONUNCIA en estos días contra los que llevan armas de fuego en el bolsillo; porque, según él, esa es una causa primordial de criminalidad.

Pero yo me atrevo a creer lo contrario; tal vez lo que hace falta aquí es que se generalice un poco más el uso de las armas; tal vez sería mejor que cada uno llevara su arma, evidente, visible, de manera que a cierta distancia se percibiera la culata del revólver o el mango del puñal; porque así, indudablemente, habría más respeto mutuo entre los ciudadanos, y nadie se atrevería, sino en un caso demasiado grave, a dar un bofetón o a preferir un insulto.

Ahora bien: yo creo que todo el mundo debe llevar un arma, pero creo asimismo que, en realidad, el arma no sirve ni se hizo para matar. Y que no me digan la lista de los que mueren a balazos con frecuencia que está alarmando

ya a los directores de las cárceles, porque yo respondería que las locomotoras también matan mucha gente, sin que se hayan inventado precisamente para eso.

En cierto modo, las muertes a balazos son obra de la casualidad, como los accidentes ferroviarios; cuando un revólver o una locomotora matan a alguien, hacen una función accidental, opuesta o, al menos, distinta para la que fueron creados; la locomotora se inventó para conducir pasajeros y carga, y el revólver se inventó principalmente para quitar el miedo, esa curiosa enfermedad tan propia del hombre. El revólver es, psicológicamente, una especie de contrapeso del *coco* y del brujo; cuando estamos grandes, el revólver nos ayuda a vencer el miedo que el coco y el brujo dejaron en nuestras almas de niños; esa es su función permanente; por eso el revólver nos dignifica y fortifica, nos serena y tranquiliza, y por eso lo deberíamos llevar a todas horas.

El miedo es una afección puramente subjetiva; está dentro de nosotros como un demonio cosquilleante, como un niño mimado que teme a las sombras y a la soledad; necesitamos algo que lo adormezca, y el mejor medio es el revólver protector.

Las armas, y aun muchas cosas que no lo son pero que lo parecen, poseen esa preciosa cualidad de tranquilizar; una escopeta descargada o sin gatillo, o un cuchillo de palo,

o simplemente una cubierta vacía de revólver, producen ya cierta inefable sensación de seguridad; basta con que tengan una conformación siniestra, un aspecto agresivo y mortífero, para que nos sintamos fuertes y seamos capaces de adelantar por los sitios llenos de probables enemigos.

Un observador perspicaz podría adivinar en la calle quiénes llevan revólver, por el aire firme, sonriente y desembarazado, por la gentil negligencia que imprime la posesión de un arma de fuego.

Quizá los hombres verdaderamente valerosos, serenos y lúcidos no necesitan llevar armas; no temen a lo desconocido, y para ellos el “¿quién sabe?” es una interrogación sin sentido, porque han despejado sus almas de prejuicios infantiles; pero los débiles y los tímidos necesitamos un complemento para ser espiritualmente fuertes: es el revólver.

EL CRITERIO ANTIPOLÍTICO

NUNCA HE PODIDO ADIVINAR QUÉ IDEA PUEDEN tener de la vida colectiva esos apóstoles que predicán contra la política. “Es necesario trabajar —dicen—, producir riqueza, hacer prosperar el país; pero no es necesario intervenir en política. El buen ciudadano debe estar alejado de las luchas de los partidos”. Su ideal de ellos parece que es el hombre útil y apolítico: la máquina, ciega y sorda, que produce riqueza.

He ahí una propaganda infausta, que podría llamarse con mucha propiedad propaganda barbarizante. Quizá, si algo distingue espiritualmente al hombre civilizado del hombre bárbaro, ese algo es únicamente la sensibilidad política, es decir, la conciencia de los lazos numerosos que hay entre el ciudadano y el Estado. En realidad, toda la obra espiritual de la civilización —de esta y de todas las civilizaciones— se ha reducido a aclarar y a robustecer

esa conciencia. Y puede afirmarse que un pueblo es más civilizado mientras mayor sea el número de ciudadanos que posean, en una forma aguda, esa sensibilidad política, esa conciencia precisa de su actitud ante el Estado. Los partidos no son, en esencia, sino variaciones del concepto colectivo de esa actitud.

Es pecaminoso, es verdaderamente antipatriótico hacer propaganda antipolítica. Más bien habría que pensar en enriquecer y dignificar el criterio político corriente, procurando que la política llegue a ser esa actividad noblemente agitada, de depurada y elevada violencia civil, que debería ser; habría que pensar en iniciar una amplia campaña de educación cívica que despierte y agudice en el pueblo la sensibilidad política, que tienda a hacer de cada ciudadano, antes que un productor de riqueza y un patriota sentimental, un político verdadero, un órgano vivo de la sociedad, que posea la conciencia de su situación ideal y de su situación jurídica ante el Estado y dentro del conglomerado en que actúa. El pueblo ejemplar es ese, en que cada individuo se apasiona intensamente por los negocios públicos y vibra al unísono de las peripecias de esos negocios; el pueblo que toma parte activa en la vida del Estado, que pueda influir unánimemente en su curso, es el que ha llegado a realizar con mayor perfección la idea democrática.

Indudablemente, trabajar y producir es necesario; pero la máquina, perfeccionada cada día más, va libertando al hombre de esa obligación ominosa; puede desearse la llegada de ese día en que el hombre trabaje menos, o no trabaje o trabaje solo en una forma intelectual; pero no puede desearse el advenimiento de la colectividad apolítica, insensible al curso de sus negocios sociales, inerte ante su suerte común; ese sería el retroceso a la barbarie, a la época del sub-hombre, que se caracteriza, no por su constitución craneana, sino por su indiferencia cívica.

Todo trabajo es deprimente; solo la actividad política es esencialmente digna del ciudadano.

EL VALOR DE LA VIDA

ESTA MAÑANA, MIENTRAS ME PONÍA LOS PANTALONES he decidido firmemente creer en el Diablo. Nunca como hoy he estado tan convencido de que ese personaje debe existir, de que es necesario que exista.

Ante todo, no se vaya a pensar que esta afirmación obedece a un arranque súbito de credulidad; no; es el resultado de una serie de cavilaciones mentales, perfectamente razonadas y razonables, que he venido deduciendo lógicamente y que han tenido este último resultado incommovible: el Diablo debe existir.

Fue anoche en cine, mientras veíamos silenciosos y mojados por la lluvia la proyección de una película americana, cuando yo empecé a concebir mi teoría. Precisamente en el momento en que el tigre se iba a comer al protagonista tuve yo la primera idea vaga sobre la necesidad metafísica del infierno; y cuando, por última vez, los héroes aparecieron en

la pantalla felices y sonrientes en su luna de miel, ya había formulado casi por completo mi afirmación trascendental: para que la vida sea activa y profunda, es necesario que exista un “peligro”; ese peligro puede ser el infierno.

Trataré de explicar el proceso que me llevó a esta conclusión categórica. Lo primero que se le ocurre a uno en el cine es preguntarse: ¿Qué será lo que tienen estas estúpidas películas americanas que interesan tanto al público? Después de un rato ve uno que, en realidad, el secreto de esas películas está “en el peligro”; para que interesen es necesario que el protagonista esté a punto de que lo devore un león, o de que los bandidos lo vayan a arrojar por el cráter de un volcán ardiente, o de perecer de hambre en el desierto; claro que todo esto no sucederá, pero basta con que “pueda” suceder para que la película toda se revista de un interés profundo, y cada una de las acciones de los protagonistas, hasta las más pequeñas, se valoricen extraordinariamente; en el ambiente heroico que se crea, en efecto, cada sonrisa y cada lágrima adquieren un valor tan grande como lo sea el peligro que se va a correr. No es lo mismo sonreír a nuestros amigos en casa que sonreír entre las garras de los caníbales de la Polinesia; no es lo mismo que la niña bonita llore en su palacio porque no le traen pronto el desayuno, que llore cuando cuatro bandidos, en traje de

carácter, le colocan las pistolas en el pecho. La inminencia probable del peligro da a aquellas pequeñas acciones un sentido profundo y emocionante. El público se siente electrizado y aplaude.

Ahora bien. Traslademos a la vida la técnica sabia y simple de las películas americanas. La vida en sí es aburridora y no tiene razón de ser. Nuestros esfuerzos se pierden en el vacío, y cada día las emociones se hacen más fugitivas y superficiales. Para ciertos hombres escépticos las antiguas fuentes de felicidad se están agotando; ya ni en el pecado se encuentra un pequeño placer, porque el pecado está perdiendo su prestigio mítico y peligroso. El placer se aprecia cuando nos “cuesta algo”, cuando arriesgamos algo para conseguirlo; el placer, para que nos emocione hondamente, hay que ir a buscarlo, como los expedicionarios de la película americana van a buscar el tesoro escondido en la isla, aventurándose a todos los peligros probables. Entonces hay necesidad de crear en la vida un peligro imaginario, hay necesidad de fabricarse un león metafísico que esté a punto de devorarnos a cada momento. Y ese león metafísico puede muy bien ser el infierno. ¡Ah, si nosotros llegáramos a creer con sinceridad, con absoluta y ciega sinceridad en el infierno, la vida adquiriría su nuevo valor emocional, y la felicidad sería posible en el mundo!

Suponeos, por ejemplo, el amor; si yo estoy convencido de que el beso que voy a dar a mi prima detrás de la puerta, “puede” costarme la salvación eterna, ¿cómo será de intenso y delicioso ese beso, cómo me acercaré yo a ella temblando de emoción y cómo lo saborearé después, sabiendo lo que me “pudo” costar? Las cosas se aprecian por lo que nos valen; si lo que arriesgamos por ellas es infinito y eterno, como la salvación, infinita y eterna será la felicidad con que las disfrutemos. En la expectativa de ese peligro inminente, las acciones, grandes o mínimas, se valorizan hasta un grado inconmensurable, y la vida se convierte en un campo invisible de batalla en que todo lo tendremos que conquistar con nuestra audacia y con nuestro esfuerzo.

Indudablemente, el infierno es una institución sabia y necesaria; no me explico cómo hay quienes no creen bien en él.

EL ARTE DE CAMINAR BIEN

HAY UNA COSA QUE EL HOMBRE MODERNO HA olvidado por completo: es el arte de caminar bien.

Porque no puede llamarse caminar bien a lo que hace la mayoría de los ciudadanos en la calle. Eso podrá ser tambaleo, o brinco o arrastre, según los casos; todo, en fin, menos caminar bien.

Hay quienes efectivamente van por la calle a grandes zancadas como si anduvieran sobre brasas; otros, al contrario, avanzan demasiado despacio, levantando penosamente cada pierna, como si calzaran zapatos de plomo; muchos marchan medio agazapados, adheridos a la pared, hundiéndose en los huecos de las puertas y agarrándose a las esquinas, al volverlas, como si temieran encontrar un abismo al otro lado; en cambio, otros vienen por la mitad de la vía; rápidos y ciegos, haciendo zig-zags, escurriéndose entre la multitud con la cabeza baja y trotando en los trechos despejados,

como si los persiguiera un fantasma terrible; de cuando en cuando se encuentra ese bulto negro y redondo, de levita y sombrero de copa, que camina lenta y cadenciosamente, con un grave meneo lateral a la manera de los patos gordos; o esa esquelética figura que adelanta a brincos menudos, a imitación de ciertos pájaros acuáticos; o ese filósofo excesivamente embebido, que va rompiéndose las narices contra todas las cosas. Todo eso y mucho más se ve en la calle; pero lo que no se ve, sino muy rara vez, es el hombre enhiesto y desembarazado que avanza sin demasiada premura y sin demasiada lentitud, con cierta solemne firmeza, con cierta dignidad noble y sencilla. Eso es: ya no se ve el hombre que camina con dignidad.

Indudablemente, en otras épocas no se caminaba como hoy. Yo no puedo creer, por ejemplo, que el Conde de Villamediana caminara como camina el general Ospina, o que los caballeros venecianos entraran al Concejo con ese desgarbo con que nuestros congresistas provincianos entran al Capitolio.

Pero, ¿por qué se ha degenerado de tal manera? ¿Por qué se ha perdido el antiguo sentido clásico de la armonía y la elegancia en los movimientos? Ello obedece, sin duda, a causas profundas y múltiples. Podría decirse, en general, que el hombre moderno es más nervioso, más desequilibrado

y más urgido que el hombre antiguo; la civilización lo ha enloquecido, haciéndole perder el sentido de la medida y de la proporción, haciéndole perder un poco la conciencia de sí mismo, arrojándolo en el torbellino de las ciudades como la hoja en el huracán.

Pero hay una causa especial y esencial que influye definitivamente en la degeneración del movimiento: es la indumentaria. El traje riges la manera de caminar; no camina lo mismo un individuo cuando va de levita que cuando va de americana. Mientras más rico y fastuoso sea el traje, mejor se camina. En nuestra época las mujeres son las únicas que caminan bien porque son las únicas que visten suntuosamente.

El traje del hombre moderno es demasiado pobre, sencillo; no logra excitarlo, no logra comunicarle esa alegría pujante, esa elasticidad enérgica y suelta que el contacto de las telas preciosas, los olanes, las batistas, las sedas, las púrpuras, infunde a quien las lleva, haciéndolo marchar con firmeza y flexibilidad.

Además, al hombre moderno le falta un atributo esencial: la espada. Todo el que lleva espada va erguido y camina en línea recta; esos trastabilleos y forcimientos y tambaleos y traspiés que se advierten en la mayoría de los transeúntes pueden explicarse muy bien por la carencia de la espada.

Más que ninguna otra cosa, la espada obliga a caminar con dignidad; desde el instante en que se la ciñe, cambia la psicología del individuo: si era tímido se hace audaz, si era vacilante se hace firme, si era hipócrita se hace sincero. La espada lo transforma, le da una mejor idea de sí mismo, acrecienta su valor humano y lo excita a marchar enhiesto y severo, con cierto varonil desembarazo.

Desde que al ciudadano le faltó la espada se hizo un infeliz, un pobre diablo tambaleante y encorvado, perdido en el océano proceloso de las calles, sin timón, sin órgano director expuesto a todos los tropiezos y a todas las caídas y atormentado, en fin, por absurdos temores interiores. Desgraciadamente hoy, aunque las leyes lo permitieran, sería imposible resucitar el uso de la espada; la civilización la eliminaría como ha eliminado la capa. El hombre de hoy debe tener los brazos y las piernas libres de adornos y perifollos, debe estar lo más suelto y liso que sea posible, para poder subir fácilmente a los tranvías y acomodarse en los ascensores y desligarse por entre las multitudes y entrar y salir por las puertas, demasiado angostas ya para la cantidad de gentes que las transita. Figúrese, por ejemplo, lo difícil y grave que sería pasear por la Quinta Avenida de Nueva York, si cada uno de los quinientos mil individuos

que ambulan diariamente por allí llevaran un espadón de metro y medio.

Y como es imposible resucitar la espada, es imposible resucitar también, para los hombres, el lujo suntuoso de otras épocas. El lujo traería desigualdad y el mundo de hoy quiere la igualdad en todo y sobre todo en el traje. Es necesario que el rey vista igual al zapatero, para que el zapatero pueda creerse algo rey.

Pero la mezquindad en el traje relaja al hombre, lo disloca, le hace perder el sentido de la armonía y de la gracia en los ademanes y en los movimientos. Llegará una época febril, industrial y comunista, en que para andar más rápidamente los pobres hombres locos se arrastren en cuatro pies, por las calles hormigueantes, como los monos.

Y después de todo, eso podría ser lo más natural.

SOBRE EL AMOR Y LA BELLEZA

EL OTRO DÍA, EN UNA DE LAS ESTACIONES DEL Ferrocarril de Caldas, se mataron a puñaladas dos buenos mozos campesinos por el amor de una mujer vieja y fea. Yo vi cuando traían a uno de los difuntos en el furgón de equipajes: sobre el ataúd, escueto, venía sentada la tremenda Venus montaraz, fría y sencilla, fumando en silencio su tabaco, mientras miraba al través de las ventanas. ¿Cómo es —se decían las gentes— que dos valientes muchachos han podido morir por esta horrible medusa? ¿Qué le han encontrado en esa cara arrugada y en ese cuerpo deforme para enamorarse de ella, cuando hay tantas lindas mozas en la comarca?

El cronista se hizo más o menos las mismas preguntas, y a su mente llegó de nuevo un tema de meditación que lo ha preocupado a menudo, acerca de las relaciones que pueden existir o no existir sobre el amor y la belleza.

Se cree que una mujer, mientras más bella sea, más fácil y abundantemente amada será también. Sin embargo, parece que no es así, y que la belleza no constituye un requisito indispensable en el amor. Siempre que pienso en esto, no puedo menos de evocar aquella famosa Marquesa de Chatelet, amiga de Voltaire, que inspiró tan grandes pasiones en su época a pesar de que tenía, según las crónicas, pies de gendarme y rostro de color de ladrillo. En cambio, muchas mujeres innegablemente hermosas solo logran inspirar admiraciones más o menos entusiastas.

Entonces, ¿qué es lo que principal, lo que indefectiblemente infunde el amor? ¿La espiritualidad, la gracia, el ingenio? Tampoco: ese don envolvente y alado que llamamos espiritualidad, gracia, ingenio, no basta por sí solo para inspirar el amor grande. El ingenio es más bien propicio a la amistad; las mujeres ingeniosas tienen siempre más amigos que amantes.

Es que el ingenio y la belleza son cualidades puramente accesorias que pueden ayudar a suscitar el amor, pero no son absolutamente indispensables para ello. La prueba es que, con más frecuencia de lo que se cree, mujeres que no son bellas ni espirituales son enorme y constantemente amadas a lo largo de sus vidas. En estos casos existe una tercera cualidad, verdadera genitora de las grandes pasiones; cualidad

realmente fundamental, no efímera como la belleza, ni artificial como la espiritualidad, que es, hasta cierto punto, producto de una educación refinada. Esta otra significa algo más permanente e íntimo, que tiene su asiento quizá en la masa misma de la sangre y se prolonga hasta más allá de la juventud y de la madurez en las personas que la poseen, es tal vez un fluido especial, indefinible racha erótica que se desprende de aquellos seres singulares y va enajenando hasta grados increíbles la voluntad y la razón de los que pudiéramos llamar sus víctimas; es un magnetismo sexual, con hondas raíces espirituales.

Esa es la cualidad terrible de las grandes apasionadas; en ellas la capacidad de amar se hace inagotable, el placer de amar adquiere proporciones morbosas, y el don misterioso de ser amadas se convierte en un signo fatal que lo subyuga, que lo hechiza todo en rededor.

Indudablemente en estas mujeres excepcionales, el atractivo amoroso es más activo, más dinámico que en las demás; son mucho más magnéticas; las sutiles corrientes vitales se hacen en ellas infinitamente sensibles, puesto que experimentamos casi un choque al mirarlas a los ojos o al rozarles la piel con nuestros dedos. Hasta ahora hemos medido inconscientemente el valor de la mujer por su belleza o por su inteligencia, pero ya creo que deberíamos medirlo más

bien tomando como base esa “capacidad de amar”, cualidad que se me hace a mí extraordinariamente preciosa.

No elegiríamos una mujer, sino hasta saber a punto fijo la calidad y la cantidad de su fluido magnético; no preguntaríamos si es inteligente, sino cuánto amor puede infundir; no nos importaría que fuera bella, con tal de que fuera supersensible.

El placer que produce la belleza es solo un placer contemplativo, y el que da el ingenio es un placer puramente intelectual; el placer verdadero ha de ser concreto, agudo y penetrante como un puñal. Ese es el secreto de ese amor brujo, que sabe herir y fulminar los pobres corazones, valiéndose de quién sabe qué arcanos resortes... Yo disculpo a los dos gallardos mozos que se mataron por esa vieja desdentada. ¿Por qué no? Defendían su amor, su placer, contenido todo en ese filtro terrible que ella supo escanciarles.

¡Ah!, ¡cuán inescrutables caminos recorre el corazón para llegar a la felicidad! ¿Pasaremos indiferentes sobre las ricas blondas, miraremos sin emoción tantas pulcras y lindas mujeres, permaneceremos insensibles ante el amor correcto y acicalado, para encontrar nuestra profunda felicidad, quizá bajo los harapos de la mendiga del camino o sobre el seno exhausto de la Pánfila suburbana o en los brazos febriles de la virgen negra, en las laderas letales?

El amor se complace en presentarse a menudo bajo formas extrañas, ajenas a la belleza y a la juventud: no recordemos el caso tan manoseado de aquella Ninón de Lenclos que a los sesenta años hizo perder la chaveta a más de un rubio vizconde; ni el buen Baudelaire, que tanto amara a su torpe mulata.

Hay muchos ejemplos, menos literarios y más reales, que cada uno ha contemplado en el curso de su vida. En este trópico, en que el amor devora, cuántos espíritus grandes y selectos hemos visto sucumbir bajo la garra de la Venus taciturna y vil, de la desharrapada deidad a quien el destino negó todo, menos el secreto de la emoción infinita.

La belleza es una apariencia superficial, la inteligencia es un mero accidente; nada tienen que ver con el amor, fuerza misteriosa y esencial que viene y va por los cauces desconocidos de la vida.

RESURRECCIÓN

LA RESURRECCIÓN DEL GENERAL CLODOMIRO Castillo está causando inquietud en Bogotá y en la Costa. El general Castillo había muerto hace unos nueve años; así lo afirman la viuda del general y varios amigos que lo amortajaron, velaron y enterraron. A pesar de todo, Castillo resolvió resucitar en estos días y escogió para ello un pueblecito de Bolívar.

Hay quienes creen que se trata simplemente de una sofisticería, ya sea que el general no haya muerto de verdad, y solo pretendió desaparecer por cierto tiempo, o que sí murió realmente y muerto está todavía, pero otro ciudadano quiere ahora hacerse pasar por él, inventando esta curiosa farsa. Las dos hipótesis son probables, pero yo creo que no debe descartarse del todo en este asunto la posibilidad de una resurrección auténtica. El general Castillo pudo haber resucitado, como puede resucitar cualquier otro difunto.

¿Tendría eso algo de particular? No, porque en realidad, resucitar es nacer por segunda vez, y si hemos nacido la primera vez, ¿por qué no podríamos nacer también la segunda? Lo que pasa es que los difuntos no suelen resucitar con frecuencia y no estamos acostumbrados al fenómeno; por eso resucitar no es natural, pero ello no quiere decir que sea antinatural, ni mucho menos sobrenatural. Es un acto que ha entrado en desuso, que ya la naturaleza no efectúa tan a menudo como antes, porque no lo necesita, o porque las causas que lo provocaban en otras épocas no se han vuelto a reunir. A mí por mi parte nacer me parece un milagro más difícil, más complejo y más sorprendente que resucitar. Solo que el nacimiento ha dejado de ser una cosa maravillosa, precisamente porque es común y cotidiana, porque sucede todos los días y porque conocemos más o menos su proceso íntimo. Pero, evidentemente, es mucho más prodigioso el fenómeno de la célula ínfima que se convierte en hombre en la tumba maternal, que el del esqueleto reanimado que surge de su sepulcro, caminando y hablando como antes lo hacía.

Cuando las resurrecciones sean más frecuentes, cuando algunos otros generales de la República nos den el gustazo de resucitar también, y numerosos ciudadanos difuntos se resuelvan a imitarlos, entonces el hecho perderá su aspecto

extraño y se hará natural y desprovisto de interés. Hasta llegarán a estilarse participaciones sociales como se hace en los matrimonios y los nacimientos, y en la vida social de los periódicos se registrará el suceso más o menos así: “Esta mañana a las 11 resucitó en el cementerio de la ciudad el general Fulano de Tal. Con ese motivo, la familia del exdifunto dará esta noche un té bailable a sus amistades”.

LA LECCIÓN DE LOS GUAJIROS

LAS NOTICIAS DE HOY CONSIGNAN UNA REBELIÓN de los indios guajiros en los alrededores de Riohacha. El corresponsal cuenta que los resguardos de las salinas están amenazados por un centenar de indígenas, bien montados, armados de carabinas y dardos, que se pasean por la playa con las largas melenas sueltas, como centauros.

Aun a riesgo de merecer el reproche de las gentes sensatas, no podemos ocultar nuestra simpatía hacia esa actitud fiera de los indios guajiros. Es conmovedor y grandioso contemplar los últimos ímpetus de rebelión de un pueblo vencido, despojado, aniquilado y olvidado que ha conservado sin embargo, al través de los dilatados siglos, debajo de las cenizas y de los escombros, una pequeña brasa encendida, un poco de genuino espíritu racial, de orgullo tradicional, de sentido de independencia, de odio implacable al vencedor.

Es este en verdad un ejemplo, reducido en sus proporciones, pero solemne y significativo, para muchos otros pueblos que se creen superiores pero que son incapaces de conservar con cierta celosa fiereza su patrimonio espiritual, que dejan ahogar sin reato sus ideales propios y su civilización característica dentro de otros ideales y otras civilizaciones exóticas.

Es admirable la capacidad de resistencia de los indios guajiros a la conquista espiritual, al prurito de penetración de una civilización que nosotros creemos superior a la suya, pero que aún no se ha averiguado que lo sea; desde algunos años antes de la fundación de Santafé, ya los homéricos guerreros indígenas del litoral luchaban arduamente contra la invasión y muchas veces estuvieron a punto de hacer fracasar la empresa de los conquistadores; muchas veces con solo sus malas armas primitivas arrollaron, vencieron y desbandaron entre la selva a los Bastidas, a los Lugos, a los Céspedes; más de un valeroso capitán español cayó asaeteado como San Sebastián, entre los riscos ariscos de la costa; y cuando, por medio de estratagemas ingeniosas o por el efecto desmoralizador que producían las armas de fuego y la presencia milagrosa de los caballos, los intrusos lograban un triunfo sobre los poseedores legítimos de la tierra, no podían en verdad vanagloriarse mucho tiempo

de ello, porque después de cada derrota, los guerreros indígenas renacían con más vigor, con más ánimo, y volvían al combate resueltos a morir, como murieron tantos y tantos, antes que entregarse al yugo oprobioso.

Han pasado desde eso largas centurias; el dominio de los conquistadores se propagó y estabilizó sobre el suelo americano; se hizo eterno e irrevocable; toda lucha contra ellos es utópica, fantástica, imposible: desde el punto de vista del indígena, toda esperanza de redención, de liberación, está perdida; ni aun cuando en sus almas místicas existiera, como en el pueblo judío, la presunción de un milagro lejano, asentada sobre la base leve de una profecía, podrían nuestros indígenas acariciar esa esperanza, porque toda fe se ahogaría ante la formidable realidad; sin embargo, sin fe, sin esperanza, se sostiene aún en muchos de ellos la conciencia de la libertad, el instinto de la rebelión; no han transigido íntimamente con el vencedor; lo odian, lo repelen y se alzan contra él siempre que encuentran oportunidad, no importan las condiciones infinitas de desigualdad y la seguridad previa de la derrota.

¡Ah, esta es una lección estupenda para nosotros, como pueblo en probabilidad de ser conquistado, que así estamos, y como pueblo conquistador que fuimos en una remota época; quizá somos tan fáciles de absorber por otra raza y otra civilización, como torpes hemos sido en imponer a

nuestro turno nuestra raza y nuestra civilización a los pueblos vencidos. ¿Qué hemos hecho, en el curso de nuestra historia, en favor de los núcleos indígenas? Nada, esquilmarlos, oprimirlos y embrutecerlos por todos los medios religiosos, oficiales e individuales que están al alcance del hombre. Ni los héroes burgueses de la Independencia, ni el decantado genio universal del Libertador, ni las burocracias envanecidas que han explotado después el país se han preocupado jamás por hacer extensivos a las masas indígenas los derechos del hombre, ni siquiera los derechos del animal doméstico, consagrados hoy prácticamente en todos los países civilizados. Sin embargo, es innegable que ellos tienen un derecho más legítimo que nosotros a la tierra en que nosotros vivimos y al aire libre que respiramos; no reconocerlo así siquiera en parte constituye la más monstruosa injusticia histórica que se ha cometido en el mundo. ¿Cómo vamos a condenar, pues, la rebelión de los guajiros o de los indios de Tierradentro, que también en estos momentos están sobre las armas? Su guerra a nuestra civilización es una guerra santa, justa y bella; a su lado debe militar el dios de la desesperanza sin límites y de la libertad inalcanzable; el dios de Espartaco, de Cuauhtémoc de Abd-el-Krim y los soldados rifeños, de todos los héroes que han luchado contra la iniquidad abrumadora.

EL PESCADOR

HAY UNA PROFESIÓN LLENA DE INTENSAS ALEGRÍAS y de pruebas duras, que cuadraría muy bien al filósofo pensativo: es la profesión del pescador.

¡Yo quisiera ser pescador y tener una caña larga para irme por la orilla de los ríos, cavilando en silencio, mientras tiendo la celada mortal a los peces escondidos! Pescar es emocionante y delicioso, porque constituye una traición premeditada, porque es un delito sutil, como decir una mentira, como engañar a un niño. La emoción que sentimos, al izar el pececillo en el aire después de atraerlo con bellas promesas, es, reducida a pequeñas proporciones, la misma que debe sentir el asesino que ha estado acechando a su víctima detrás de la esquina y al fin la atraviesa a puñaladas.

Pescar es esperar para matar. Por eso solo son verdaderos pescadores ciertos seres extraños, de corazón conformado para los espectáculos sencillos y terribles; seres reflexivos,

helados, calmos, que están más allá de la moral popular, de la ley y del concepto del crimen. Pescar es infame y exquisito, es dulce y desesperante. El alma bien templada y serena se pone a prueba ahí, frente a la caña inmóvil que se alarga hacia el río como un puentecillo sin fin.

¿No habéis visto el refinamiento admirable del pescador y cómo rodea de atenciones a los futuros prisioneros? ¡Espera y sonríe, va sigiloso por la orilla, habla paso, como si bajo del agua estuviera dormida su amada!

¡Yo quisiera tener una larga caña para irme por las orillas de los ríos y pasarme las horas abierto de piernas sobre dos piedras húmedas, como un diminuto coloso de Rodas, frente a la torrentera! Esperar, esperar así, quieto y solemne, y de pronto, levantar la saeta de plata trémula y aleteante que da volteretas en el aire y cae sobre la arena como un menudo monstruo mitológico.

Yo mismo vendría a vender mis peces al mercado y los pondría sobre un mostrador negro, bajo la clara luz, para que las gentes quedaran estupefactas al ver las rutilantes escamas y las lúcidas pupilas, y sintieran, al pasar, un olor acre y marino de puertos lejanos, de Marsellas, de Stokolmos, de Smirnas desconocidos.

LOS FALSOS MENDIGOS

HAY QUIENES VIERON UN DÍA SOBRE LA PUERTA de una casa en el tremendo y delicioso Paseo Bolívar este letrero: “Se alquilan niños para pedir limosna”.

Muchas buenas gentes se han conmovido al leer la relación de ese incidente; a mí me complace en cierto modo, porque viene a confirmar una vieja teoría que tengo sobre los mendigos.

Las autoridades no han logrado resolver nunca el problema de la mendicidad, porque parten de un principio erróneo al juzgar a los mendigos como mendigos, es decir, como seres pobres y desgraciados que no poseen medios para vivir y necesitan la ayuda del prójimo. Ese es el error: la mendicidad no es una desgracia, ni mucho menos significa incapacidad para la vida en quienes la ejercen; es, al contrario, una profesión definida y difícil, tan productiva como cualquiera otra, o más; por eso, en general, los mendigos

son ricos y felices y tienen siempre su porvenir asegurado, lo que no sucede a todos los médicos, abogados, profesores y a todos los profesionales de otras especies.

Si los mendigos conocieran la virtud del ahorro, los viéramos muy pronto salir por las calles a pedir en automóviles propios o recibir sus limosnas en suntuosos palacios. Pero la falta de economía es un requisito esencial para el buen éxito de la profesión; además, se necesita de todas maneras el traje de carácter, porque así como los maromeros, los toreros y los cómicos se disfrazan para ejercer, así los que piden limosna se visten de mendigos.

Sin embargo, hay algunos que atesoran con constancia: yo conozco un ciego pedigüeño que, según dicen, posee varias casas en los alrededores de la ciudad, y las alquila a personas relativamente acomodadas; hasta es posible que tenga dinero en el banco, o enterrado quizás en algún misterioso escondrijo. Es muy frecuente también ver al viejo socarrón o a la mujerzuela andrajosa, que va con un saco a la espalda repleto de víveres, pero sigue, sin embargo, pidiendo por el amor a Dios en todas las puertas. No lo hace por necesidad; lo hace por placer; porque la mendicidad se convierte al fin en una voluptuosidad infinita, en un vicio enervante, imponderable, que no se puede abandonar ya jamás.

Recuerdo muy bien una vez que iba yo, a la una o a las dos de la mañana, por la carrera séptima, hacia el norte, cuando tropecé de pronto con ese ciego fantástico y singular que pide limosna desde hace tanto tiempo, contra el costado de San Francisco; recto y silencioso recibía sobre el rostro el cierzo oblicuo de aquella noche de invierno; confieso que me conmovió un poco y acercándome le dije con voz indudablemente patética: “Amigo mío, ¿qué desea?, ¿qué quiere? Pídame”. Y él, con tono natural y sencillo, sacando de no sé dónde una pipa de madera, me respondió alegremente: “No quiero sino tabaco”. Yo comprendí que en aquel instante, impulsado quizá por mi acento paternal, ese mendigo había sido sincero consigo mismo, que se había despojado por un minuto de su falsa actitud de mendigo, y había hablado como un hombre fuerte, sano y contento, que no deseaba ni necesitaba más que satisfacer un pequeño vicio.

En general, el mendigo es, por excelencia, el tipo del farfante, del mímico, del fingidor; cada mendigo es un Charlie Chaplin perfecto, un pelicularo genial, que ha educado inteligentemente los músculos para contraerlos con arte supremo ante el transeúnte desprevenido. Un periódico local habló hace días de algunos mendigos que se abren con las uñas los bordes de las llagas para hacerlas más horribles y dignas de compasión; el caso es auténtico y constituye un

procedimiento común a los mendigos de todo el mundo; las llagas, las cegueras, las cojeras, son a menudo fingidas con admirable propiedad. Richepin cuenta de aquel mendigo que en la orilla derecha del Sena era tuerto del ojo izquierdo, y en la orilla izquierda tuerto del ojo derecho; había estudiado con minuciosidad la psicología de los transeúntes habituales, y sabía cuál ojo le producía más en una orilla o en otra. Aquí, en las frías noches de diciembre, los gamines se desnudan, esconden la ropa, y se muestran después tiritando a los paseantes, para conmoverlos; todos los mendigos tienen el instinto de la superchería.

Nadie ha intentado un cálculo de lo que puede ganar un buen mendigo; yo he creído que en las ciudades relativamente populosas donde la circulación mínima por ciertas calles es de diez a quince mil personas al día, un mendigo, en regulares condiciones de presentación —una mujer con un niño en brazos, un ciego sentimental, un paralítico, una muchacha pálida y simpática— puede recolectar tres pesos diarios como promedio; porque no es arriesgado suponer que en esas quince mil personas haya siquiera trescientas que den limosna. Y lo menos que puede dar cada una es un centavo; resulta una hermosa renta mensual, completamente líquida, pues los gastos de instalación son naturalmente pocos en un mendigo, por rico que sea.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, yo opino que si se quiere exterminar o restringir la mendicidad, el camino más acertado sería gravar a los mendigos con un impuesto prohibitivo, como se hace con las prenderías y otros negocios usuarios.

EL TRABAJO

*El remedio es trabajar.
Carlos Vásquez.*

(Telegrama sobre la crisis)

EN TODAS LAS MITOLOGÍAS EL TRABAJO ES CONSIDERADO como una maldición del cielo. El hombre, desde las edades remotas, ha simbolizado su ideal de vida en una quimérica palabra: Paraíso. Pero la primera condición que se requiere siempre para que ese Paraíso sea verdaderamente Paraíso es que no haya necesidad de trabajar en él. Nadie se figura que en el Paraíso se pueda cargar piedra en zurrones, o llevar contabilidades, o manejar maquinarias. No. Los que están en el Paraíso han de ser, ante todo, unos seres ociosos que viven extendidos sobre la grama o sentados bajo los árboles, con las frutas al alcance de las manos y llenas de paz las almas. La humanidad ha concentrado en esa bella fábula todo su sueño de felicidad, felicidad que debe ser la única perdurable y completa, puesto que está basada en la pereza, el instinto más firme, noble e indestructible en el

hombre. Los tipos de la perfección suma que la imaginación concibe —los dioses— son personalidades eminentemente perezosas que, o permanecen estáticas en sus tronos de nubes, o se divierten entregadas a juegos ociosos o a placeres sibaritas. Entonces la pereza es en cierto modo una virtud esencialmente divina; pero ¿qué son los dioses? Son, simplemente, hombres perfectos en un sentido ideal. Por eso, entre el tipo terrestre, el más puro, el más elevado, el que más se acerca a esa perfección, es el que tiene más arraigada y frecuente la virtud de la pereza. El vagabundo, el gitano, el mendigo voluntario, y algunos aristócratas de pura sangre, constituyen dentro del mundo actual los últimos conservadores de la gran dignidad humana y de la tradición del ocio como cualidad suprema, que nos dejó la civilización antigua.

Yo sé que trabajar es necesario, según el orden de cosas que se ha creado y que se hace desgraciadamente cada vez más indestructible. Pero eso no quiere decir que trabajar no sea una mala costumbre, una de las peores costumbres que pueden adquirirse. Ante todo, trabajar no es bello ni digno, ni siquiera conveniente. Al mismo tiempo que hasta en una aceptación mística significa humillación y relajamiento del orgullo viril, el trabajo constituye el gran elemento degenerador de las razas. De las fábricas, de las

oficinas, de las minas, de los laboratorios, de los bufetes salen las legiones de neurasténicos, de miopes, de tuberculosos, de mancos, de locos, de raquíuticos, de melancólicos, de histéricos, de tantas categorías de enfermos que llenan las ciudades modernas. Sin embargo, esta capacidad exterminadora no es realmente un argumento en contra del trabajo, como la muerte de los soldados no lo es en contra de la guerra. La diferencia esencial que hay entre el trabajo y la guerra es que el trabajo es una actividad oscura y forzada, algo en que hay que encorvarse y sufrir para alcanzar al fin objetos innobles y mezquinos: alimentarse, vestirse, acaparar oro. La guerra, en cambio, puede hacerse o no hacerse y esa libertad de elegir deja a salvo la dignidad humana. Además, la guerra es más bella y más viril mientras tenga menor razón de ser y menos objetivos persiga, porque así evidencia simplemente un capricho, un arrebató de la voluntad soberana del hombre.

Yo confío en que el porvenir que se anuncia traerá para los trabajadores una disminución gradual de trabajo y un aumento proporcionado de paz y de divina ociosidad. Hasta ahora se ha trabajado mucho, en un afán insensato de acumular millones. Pero en una forma todavía vaga, está llegando a las gentes el convencimiento de que tener demasiados millones es una circunstancia no solo inútil sino

evidentemente peligrosa. Hay que esperar en que al fin llegará al mundo una saludable cordura. Todos nos convencemos de que lo más espiritual, lo más hermoso y noble será luchar apenas lo estrictamente necesario para llevar una existencia modesta y sobria. Entonces nos aficionaremos un poco al delicado placer de no hacer nada y nos convenceremos de que, en realidad, no se debe perder el tiempo trabajando tanto.

EL OPTIMISMO

EL OPTIMISMO ES UNA ABERRACIÓN INTELECTUAL tan interesante, por lo menos, como el pesimismo, pero evidentemente más falsa, y hasta en cierto modo más perjudicial. El optimista es el ser racional por excelencia y precisamente por eso se encuentra siempre equivocado y su concepto del mundo es ilusorio. La razón y la experiencia van siempre en sentidos opuestos o en sentidos paralelos, pero nunca concuerdan exactamente en la naturaleza. Racionalmente el sol debería girar alrededor de la tierra; eso sería lo lógico porque así lo vemos, porque así aparece a los ojos del ser racional que contempla el fenómeno. Sin embargo, no es así. ¡La verdad es el absurdo, lo que nadie hubiera podido creer: que nosotros giremos alrededor del sol! Transportando al terreno de las ideas este criterio, da un resultado idéntico. El optimista cree por ejemplo, que la paz debe existir en el mundo; que no es lógico ni razonable

que los hombres se maten unos a otros. Es claro, los hombres no deben matarse y el optimista tiene toda la razón. ¡Solo que la razón no está de acuerdo con la verdad experimental; la naturaleza esta vez, como siempre, opta por el absurdo, y los hombres se matan y seguirán matándose, y el que los hombres se maten viene a constituir ya un fenómeno natural y matemático como la fijeza del sol!

Desde este punto de vista, el criterio del pesimista es rigurosamente científico; el pesimista, como la ciencia, elabora sus teorías sobre la experiencia de los hechos. Su concepto del mundo es sombrío, doloroso y aparentemente absurdo. El pesimista dice, por ejemplo: “el hombre es hoy tan cruel como ayer”. Bastaría una deducción lógica para llegar a creer que el hombre no debe ser tan cruel hoy como hace dos mil años. ¿Y la educación, y el influjo de las nociones cristianas, y la selección espiritual, y las ideas de fraternidad? Sin embargo, los hechos cotidianos y generales vienen a comprobar experimentalmente la teoría pesimista: la historia de la última guerra o las estadísticas criminales son lo verdadero, aun cuando no sean lo razonable.

El pesimista es, pues, analítico: el optimista es deductivo. Pero la deducción lleva al error fundamental de querer acomodar el mundo a ciertas ideas preconcebidas, a cierto

ideal determinado. El optimista se obstina en barnizar y embellecer el Universo a su manera, sin tener en cuenta una circunstancia capital: que la naturaleza es sencillamente inmodificable.

El pesimista es más sincero con la vida, y decididamente más cuerdo. Solo que no ama al mundo, y ese puede ser su error: no comprende que a pesar de todas sus imperfecciones, o precisamente por ellas, el mundo es perfecto, en sentido general y acomodaticio. El mundo es condescendiente con todos, y es como todos quieren que sea. Al único que no da gusto es al optimista. Por eso el optimista es el ser más desgraciado de la tierra.

EL CONCEPTO DE LO CLÁSICO

TOMÁS MÁRQUEZ DEFIENDE EN *LA NACIÓN*, DE Barranquilla, el último folleto del señor Suárez, considerándolo como una obra literaria de gran mérito. Esa es, por otra parte, la idea que circula en el país, respecto al famoso panfleto y, en general, respecto a todos los libros del señor Suárez; liberales y conservadores están de acuerdo en llamarlo estilista soberano, y don Antonio Gómez Restrepo, en prólogo a la primera serie de *Escritos*, se atreve a afirmar que “es el más clásico de los prosistas colombianos”.

¿Qué entiende don Antonio Gómez Restrepo por “clásico”? Él no explica claramente, pero podría creerse que da a esa palabra el mismo sentido que la mayoría de las gentes letradas; es decir, que asimila a clásico a todo el que, habiendo trasegado más o menos por la literatura clásica, imita correctamente los estilos, las maneras y los giros que los clásicos inventaron. Pero en realidad, a eso no puede llamársele

clásico; podría llamársele classicista o cualquiera otra cosa; porque lo verdaderamente clásico es lo más opuesto a toda imitación servil; el clásico es más bien el creador; el que tiene una interpretación original de la vida y de las cosas y la encierra dentro de formas también originales; el que saltando sobre la gramática, liberta a un idioma de las rígidas cadenas tradicionales y lo rejuvenece y enriquece inyectándole savias nuevas, no importa que sean exóticas o extranjeras, con tal que vengan a incorporarse a la fuente maternal, confundiéndose en ella y fecundándola. Clásico no es, pues, el discípulo ni el imitador; es el que inventa, revoluciona y liberta, el que da normas literarias a una lengua e insensiblemente, por el singular dinamismo de su obra, se convierte en modelo, en maestro; el único que en América ha logrado acercarse al verdadero concepto de clásico es Rubén Darío.

Ser estilista, es decir, llegar a adquirir un estilo enérgicamente personal, solo se alcanza cuando se tiene ideas personales; cuando las ideas, aunque no sean nuevas en el mundo, sí lo son en nosotros mismos y han estado sujetas a un trabajoso proceso de nacimiento y elaboración en nuestra mente; solo así, al convertirlas en palabras, asumen esa forma cálida y preñada de expresión, esa robusta personalidad inconfundible, distinta a las demás, que es lo

que constituye un estilo. Huysmans, por ejemplo, siendo un revolucionario, era al mismo tiempo estilista, porque en su prosa única, cada verbo, cada adjetivo, coge la cosa por las raíces y la arranca, la sacude, imprimiéndole un relieve escultórico, vívido e impresionante, como si escribiera con un cincel; lo que expresa o lo que pinta se nos clava en el alma y no lo olvidaremos ya jamás. Pero ese estilo fue posible en él, porque sus ideas extravagantes eran profundamente personales, las había elaborado y fecundado por sí mismo, y al concretarlas, lo hizo con aquel amor, con aquel apasionado vigor que solo sabe poner en sus palabras el que crea.

Pero el señor Suárez no posee un sistema propio de ideas ni una interpretación particular del mundo; toda su filosofía sigue con docilidad los pasos escolásticos y toda su literatura se reduce a una imitación inteligente de los prosistas castellanos del siglo XVIII. Es una exegeta y un erudito, que al ir a examinar los hombres y las cosas no puede desembarazarse de los prejuicios metafísicos y de los prejuicios gramaticales, y por eso sus conclusiones respecto a lo que va a analizar están tomadas de antemano, preconcebidas; no nos dará nunca una solución inesperada, ni nos sorprenderá con una teoría que no hayamos ya visto u oído en su esencia; se limita a admirar el pasado, pero no construye nada para el porvenir; no hay en él nunca, como

debe haber siempre en el verdadero clásico, un fermento renovador. Por eso la influencia del señor Suárez en nuestra juventud literaria es nula, absolutamente nula, porque no se encuentra en sus obras aquella fuerza ideológica irresistible que se requiere para formar discípulos. Hay quienes admiran, eso sí, su prosa sencilla, tersa y corriente, fruto de largos y concienzudos estudios filológicos, paciente y armoniosa reconstrucción de antiguas literaturas; pero dentro de su perfección inexpresiva esa prosa es de una admirable mediocridad; prosa barata, pulida y brillante, como esas nítidas imitaciones de la Venus de Milo, que se expenden a cinco dólares en los escaparates de las marmolerías, de un mérito artístico reflejo y relativo.

Escribir correctamente es fácil, porque significa una labor de simple paciencia; los buenos prosistas abundan en el mundo, como las arenas del mar. Pero lo que solicita la garra del genio es la prosa preñada de ideas, rellena de sentido nuevo, aunque sea tempestuosa y desequilibrada. A esos prosistas creadores no pertenece desgraciadamente el señor Suárez; su literatura, sin ojos y sin alma, pasará como una agua clara y trivial, sin dejar huella perdurable.

EL AZAR EN EL NEGOCIO

AYER VI A MR. KEMMERER, JEFE DE LA MISIÓN financiera americana, comprando un quinto de la lotería en la Calle Real. He aquí un detalle insignificante pero que podría sin embargo sorprender extraordinariamente a cualquiera de esos hombres cavilosos que abundan en la misma Calle Real; porque, conforme a la especial manera de pensar, ahí en la Calle Real sería muy difícil asociar las ideas tan distantes, disímiles y hasta antagónicas, que se tienen sobre un financista americano y un billete de la lotería; esa es la confluencia milagrosa de dos cosas que se excluyen mutuamente, que se odian: las matemáticas y la fatalidad, la estadística y el caos.

Aquí, un hombre nuevo de negocios, de esos precisamente que han viajado por los Estados Unidos y usan abrigo de cinturón, no se atrevería a comprar un billete de la lotería; primero: porque cree que comprar un billete de la lotería es

el más mal negocio del mundo, puesto que es el negocio en que más segura es la inversión de dinero y más improbable la ganancia; y segundo, porque se imagina que es una especie de cobardía confiar su fortuna al azar; eso, en su sentir, es para los perezosos y los vencidos; el hombre serio debe conquistar la riqueza trabajando, en cualquier forma que sea.

Muchos se hubieran podido sorprender, pues, como ante un espectáculo imprevisto e inverosímil, de ver a Mr. Kemmerer comprando un quinto de la lotería; y hasta se hubiera dudado de su capacidad financiera o se hubiera creído que por un fenómeno —no raro entre nosotros— de influencia del ambiente sobre el extranjero, Mr. Kemmerer se estaba bogotanzando rápidamente, se estaba amoldando a nuestras especiales modalidades psicológicas.

Sea o no sea así, el hecho me causó una impresión muy distinta; inmediatamente dije: “este es nuestro hombre”, es decir, este hombre que confía un poco en la suerte inefable, que reconoce que, efectivamente, el mundo enorme y desconocido del azar inaccesible aún a la inteligencia, puede influir en el movimiento de las pequeñas cosas humanas, es el que necesita como consejero financiero un país que quiere enriquecerse absurdamente.

Porque en este país lo que falta en todas las actividades, y sobre todo en los negocios, es el sentido del “riesgo”, el

instinto de la aventura; aquí nadie emplea su dinero sino en operaciones seguras, en que la ganancia sea infalible, aunque sea pequeña y lenta como la ganadería, la agricultura, la compra de fincas raíces; pero nadie se atreve a lanzarse al universo extenso y fluctuante de las grandes empresas nuevas, donde haya una sola probabilidad de arruinarse, aun cuando haya muchas de enriquecerse; por eso aquí realmente nadie se arruina, pero nadie se enriquece tampoco; la mayoría de los modestos capitales que existen son hechos a base de una angustiosa, larga y metódica economía.

Sin embargo, los negocios son, y tienen que ser mientras la inteligencia no adquiera un control matemático sobre ese universo formidable del azar, un juego terrible de suerte, lleno de posibilidades infinitas, al que hay que ir con el criterio del “riesgo”, con el criterio audaz del jugador. Nada hay tan fielmente interpretativo, tan simbólico de la vida, como una ruleta; y, al obrar, debemos adoptar siempre la actitud expectante del hombre que apuesta, aunque eso sea un reconocimiento virtual de la impotencia de la inteligencia.

Y este criterio del “riesgo” no es únicamente aplicable al individuo; lo es también a las naciones; porque una nación no es verdaderamente sino un individuo de innumerables pies.

EL EPITAFIO A STAMBOULISKY

TODOS LOS QUE SIGUEN CON ANSIEDAD LOS rumores del mundo, los que ponen el oído con sincera emoción a las palpitaciones humanas, aun las más remotas y leves, con la esperanza de marcar un paso ascendente, un esfuerzo realizado hacia la felicidad o hacia la justicia, encontrarán hoy en las primeras páginas de los periódicos una mala noticia: Stamboulisky, el reformador búlgaro, ha sido asesinado por la aristocracia militar reaccionaria.

Stamboulisky había sencillamente libertado a su pueblo de la tiranía semibárbara, feudal, a que lo tenía sometido una irresponsable minoría aristocrática; su obra fue una obra pacífica de estadista y de apóstol; siendo campesino él mismo, educó, organizó y disciplinó a los campesinos, constituyendo el partido agrario, a base de ideología socialista; el partido triunfó en las elecciones y Stamboulisky subió al poder como jefe del gobierno; inmediatamente se

ocupó en abrir un proceso contra el régimen anterior, culpable de haber lanzado al pueblo a la guerra sin objeto, y culpable, naturalmente, de los fracasos y de las pérdidas que sobrevinieron; sin embargo, los ministros no fueron fusilados, aunque lo merecían, y ese quizá fue el único error de Stamboulisky y del gobierno revolucionario.

Simultáneamente se empezó a poner en práctica el programa agrario, que incluía la abolición de los latifundios y la distribución de la propiedad territorial entre los ciudadanos; pero Stamboulisky no creía como los rusos que la tierra debía ser confiscada por el Estado y arrendada luego a los campesinos y a los soldados; él creía que se debía distribuir por iguales partes, pero concediendo al usufructuario el derecho eterno de propiedad; en las familias numerosas, uno de los hijos heredaría la propiedad paternal; pero los otros tendrían derecho a que el Estado les diera porciones iguales; concedió, pues, a cada individuo treinta acres de tierra, pequeño límite en apariencia, pero rigurosamente equitativo, si se tiene en cuenta la poca extensión del territorio búlgaro y el número de habitantes; en todo caso, cada hijo de Bulgaria tuvo dentro de su patria una parcela de tierra propia, en dónde alzar su hogar y cultivar su huerto.

Esa fue, en síntesis, la reforma de Stamboulisky; y no habrá en la vida nada más hermoso, más justiciero, y que

contribuya tanto a la felicidad práctica de los hombres como ese derecho, garantizado y sostenido por el Estado, a un pedazo real de tierra; el terrible binomio de Marx, por el cual la riqueza tiende a polarizarse en un extremo y la miseria en el otro, quedaría así paralizado en su avance infalible, porque habría una base sólida y relativa de holgura para todos los hombres; la innúmero gente desheredada, peregrina, que lucha y se agota en el afán de cada día, se vería descargada de un considerable peso de inquietud; se vería libertada, en gran parte, de la tortura del presente exigente, categórico, y del porvenir improbable, enigmático; la humanidad se sentiría aliviada, alegre, ágil y marcharía rápidamente hacia adelante; porque la aflicción económica, el tormento cotidiano del techo inestable y del pan problemático, es lo que ha estancado y demorado el progreso humano, disminuyendo la producción intelectual y manual, puesto que por el exceso de trabajo difícil muere prematuramente el campesino, va al hospital el obrero, se dificulta el experimento del sabio y se paraliza la vocación del artista; y el campesino, el obrero, el sabio, el artista, es decir, las columnas del mundo, los creadores de riqueza, de energía, de bondad y de belleza, han soñado siempre con tener su casa propia y su huerto propio, y a ese pequeño ideal suelen encaminar sus esfuerzos, casi siempre en vano,

cercenando cotidianamente sus salarios, excediéndose en el trabajo, sufriendo estrechamente durante toda una vida, para tener, al fin, un poco de tierra propia, dentro del ancho mundo; ¿cuánto mejor y más justo no fuera que cada uno de ellos lo tuviera desde que nace?

Así lo comprendió Stamboulisky, el héroe, el apóstol campesino de Bulgaria que acaba de caer asesinado por la bárbara y opresora aristocracia militar.

Podríase poner sobre su tumba este epitafio: “Murió, como los Gracos, víctima de la ley agraria”.

UN POETA NUEVO

ESTE PAÍS ES ESENCIALMENTE CONSERVADOR EN todos los aspectos de su vida, pero singularmente en lo que se refiere a la literatura; nadie experimenta aquí la inquietud del porvenir ni siquiera del presente; todos somos inmunes a los gérmenes de renovación y preferimos encerrarnos en la contemplación del pasado, antes que adoptar una actitud de simpatía activa incorporándonos a la agitada vida que transcurre fuera, uniéndonos por algún hilo vital al mundo conmovido y maravilloso que va en marcha hacia adelante; se cree que la circunspección clásica, que el encerrarse dentro de ciertos moldes trasegados y consagrados es una postura elegante; puede serlo quizá, según lo que se entienda por elegancia; pero, en todo caso, es también una postura perfectamente imbécil y estéril. Nuestra lírica, sobre todo, está retrasada cincuenta años; se hacen versos, más o menos como los hacían a fines del siglo pasado, Baudelaire, Verlaine

y el bueno de Rubén Darío, que en paz descanse; pero toda la agitación lírica que desde ellos hasta hoy se ha producido en la tierra permanece inadvertida para la sensibilidad de nuestros poetas; todas las inquietudes de los últimos veinte años les merecen, a los que por casualidad tienen noticias de ellas, cuando más una sonrisa, pero nunca un gesto de comprensión ni mucho menos una simpatía estimulante.

Por eso, pasan muchos días antes de que quien se inclina con angustia expectante sobre el panorama nacional, atisbando la aparición de un valor nuevo, vea al fin lo que esperaba. Yo creo, sin embargo, haber tenido ahora esa fortuna y mi alegría efusiva puede compararse a la del pillete que hallara de repente en la calle una libra esterlina. ¡Ah, es bien raro encontrar entre nosotros ese hombre nuevo, que rompa con el pasado, que aparezca con su personalidad genuina, que traiga un poco de materia sorprendente en su obra!

Yo presento hoy, y reclamo para él, el título de poeta en el mejor y más noble sentido de la palabra, a Luis Vidales; sé que sus versos no irán a gustar todavía a esa gran masa de público rutinizada en el viejo sonsonete parnasiano, sin alma y sin médula, que nos dan diariamente los que confunden la belleza con la sonoridad vacua y pretenden hacer poesía escalonando adjetivos arquitectónicamente, o decorativamente, como se escalonan baldosines de colores.

La poesía de este muchacho es, en esta primera etapa de su obra, una poesía de ideas, sobria y sintética; él no sufre la voluptuosidad rudimentaria del color ni de la forma: sufre la voluptuosidad de las ideas puras y, lo que es todavía más revolucionario y excepcional entre nosotros, las presenta en una forma esencialmente humorista. El humorismo es, siempre, una actitud trascendental, y hasta podría decirse que todo gran pensamiento es humorístico; el humorista posee una visión cósmica del universo; mira siempre las cosas, y sobre todo, la esencia de las cosas, desde un punto de vista eminente; no hay humorismo desde luego en el juego vulgar de palabras, ni siquiera en el contraste simple de situaciones externas, como lo hace Luis C. López; no hay humorismo sino en la comparación de ideas, o de series de ideas, confrontándolas entre sí o asociándolas a pequeñas cosas de manera que determinen un contraste trascendental, que al encerrarlas dentro de un leve marco vulgar, nos den sin embargo una sensación de infinito; así, al tocar las menudas cosas cotidianas, el poeta no pierde su situación eminente, su punto de vista universal y esencial. ¿Y en este sentido cósmico de la vida y del mundo, no está realmente la verdadera, la única poesía?

Luis Vidales posee estas características primordiales en un grado todavía incipiente, puesto que apenas empieza a

escribir y a pensar, pero lo suficientemente acentuado ya para construir un valor efectivo, excepcional y admirable en nuestra poesía de hoy y de mañana.

EL HOMBRE Y LA BESTIA

LOS PERIÓDICOS FRANCESES CONSIGNAN EL último pequeño escándalo promovido por Siki en un restaurante parisiense, un día que el boxeador senegalés penetró a la sala en compañía de su león amaestrado: los comensales se levantaron y huyeron, los transeúntes se aglomeraron en la calle y el tráfico se paralizó por un momento.

Este suceso insignificante puede hacer pensar en esa actitud supersticiosa que el hombre de la ciudad ha continuado adoptando ante la naturaleza externa; el ciudadano cree que la vida, más allá del suburbio, en el campo y en la selva, es aún tan bravía como en la época primitiva de las cavernas; no puede convenir, por ejemplo, con que el león haya abdicado de su arrogancia mitológica, convirtiéndose en un ser miserable y dócil, y sigue sintiendo miedo ante su solo nombre famoso o ante su presencia espectacular; miedo que es una reminiscencia ancestral, un residuo psicológico de la

impresión recibida en los primeros tiempos en la lucha contra la fauna invasora y dominante; miedo eminentemente ciudadano que explotan con fortuna los directores de circo y los empresarios de cinematógrafo. En realidad, la fama del león ha sobrevivido a su fiereza; hoy es un vencido, ajeno aún a las virtudes esclavas del rencor o la venganza; su orgullo y su valor tradicionales se han eliminado radicalmente; sus conatos de sublevación en la jaula son actitudes postizas, suscitadas artificialmente para producir emoción en el público; el león ha pasado para siempre bajo el yugo, lo mismo que todos los bellos y decorativos inquilinos de la selva.

¿Cómo es que el hombre ha logrado dominar a la fauna, numerosa e imponente? No es vitalmente superior a ella; no es siquiera más inteligente, y, en todo caso, la inteligencia podría exterminarla, por medio del fusil y de la trampa, pero no podría cambiar su ferocidad innata en sumisa adhesión. Este fenómeno se ha cumplido simplemente porque el hombre es un ser más espiritual; se ha cumplido quizás únicamente en virtud de esas dos manifestaciones tan entrañablemente espirituales, que son la voz y el tacto; el oído sutil del animal, acostumbrado a percibir la orquestación monstruosa y confusa de la selva, poblada de ruidos disformes, debe ser infinitamente sensible a la música extraña de la voz humana, expresión sobrenatural y penetrante, distinta a todos los

cantos del monte y a todos los aullidos del desierto, preñada de espíritu irresistible, llena de misteriosa significación, modulada en una forma sistemática y consciente que el animal puede no comprender pero que su leve alma borrosa siente, sufriendo su influencia. La voz debe ser un instrumento terrible de dominio y de tiranía del hombre sobre la fauna; y debe serlo también el contacto físico, puesto que la simple postura de la mano del hombre en el cuerpo indócil del animal basta para aplacar su instinto sublevante, su fiera selvática; la mano está cruzada de fluidos, atravesada de corrientes espirituales que obran indudablemente en su sentido neutralizador, galvanizando al fin el orgullo ancestral y la nostalgia de libertad; la caricia es una transmisión de electricidades. El domador no amansa radicalmente a sus leones y a sus tigres con el menudo látigo inútil; lo hace con la mirada, con la voz, con la caricia de las manos, los tres órganos por donde se transmite más abundante y certeramente el espíritu misterioso.

Quizá, por eso, al único pequeño ser que el hombre no ha logrado dominar nunca por completo es al gato, ese hurraño inquilino de nuestras casas, inaccesible a toda penetración espiritual; pero es que el gato es una concentración felpuda de fluidos magnéticos, de corrientes positivas; el gato es espíritu puro.

YO ME DEJO LA BARBA

HE RESUELTO DEJARME LA BARBA. DENTRO DEL nuevo proyecto de fisonomía que estoy meditando cuidadosamente para este año, incluiré la barba, como un atributo indispensable al hombre digno y bueno.

La barba imprime a la fisonomía general del individuo un aire dulce y humano; suaviza la expresión dura de los ojos y oculta esa odiosa protuberancia de la mandíbula que hace del ciudadano moderno un animal de presa, triturante, amenazador.

Además, la barba no es solo el vestido decoroso de la cara; es también, en cierto modo, la cobija del corazón, la felpuda cubierta que arropa y calienta el corazón, reteniendo y concentrando su radioactividad, su efusión íntima. Yo no sé por qué he creído siempre que el hombre rasurado es un ser de corazón frío, de corazón frío y fugitivo como una espada.

¿Es capaz de amar mucho y de sufrir mucho el hombre rasurado? No. El tipo clásico del apóstol sensible, crucificado

por amor, ha sido perennemente ese joven grave, de florida barba. Parece que la barba acaparara la energía espiritual y cordial, impidiendo su huída invisible, conservándola dentro de los límites sutiles de la personalidad. Parece que la barba hiciera al hombre más fuerte y más bueno.

Rasurarse es como colocarse una máscara acerada, como calzarse en el rostro una armadura rutilante, agresiva e impenetrable que oscurece o extermina las virtudes más bellas, la benevolencia, la sinceridad, la sensibilidad humana. La barba inspira una inefable confianza, una simpatía previa, una alegría imperceptible, que nos prepara eficazmente para acoger a ese hombre, probable huésped de nuestro corazón.

Yo he soñado siempre con la posesión de una ligera barba penetrante, que oculte la debilidad incurable de mi alma y que se exhiba como una modesta protesta contra el mundo moderno poblado de rostros esterilizados infinitamente por el contacto frío de la navaja.

Tal vez, la crisis espiritual de la civilización tenga secretas e insospechadas afinidades con la desaparición de la barba. En todo caso, es necesario reivindicar para el ciudadano del porvenir el derecho ancestral a la barba, dulce y poderoso atributo que acumula dignidad humana y simboliza la fuerza misteriosa del alma del hombre.

EXISTE LA DICTADURA

REFIRIÉNDOSE A LA RESPUESTA QUE EL PRESIDENTE de la República dio a los sin trabajo, dice hoy *El Nuevo Tiempo*: “¿Y qué es por fin lo que pretende la prensa liberal al censurar la actitud legalista del presidente? ¿Será, acaso, que este tome en realidad el atajo de la dictadura?”.

No hay necesidad de que el gobierno tome por el atajo de la dictadura puesto que la dictadura existe y existe en una forma singularmente violenta y cruel, ya que pesa, no sobre la vida política del pueblo, sino sobre su vida económica, que es algo más esencial y más sensible. Verdaderamente, al pueblo pobre no puede importarles profundamente la existencia de ciertas libertades políticas, porque él no está en capacidad de disfrutarlas. ¿De qué les sirve al jornalero rural y al peón urbano, que haya, por ejemplo, libertad de prensa, si ellos no saben escribir? ¿De qué les sirve que haya libertad de elegir si no se les ha dado la educación

suficiente para discernir a quién eligen? Lo que les interesaría a esas gentes ignorantes y pobres sería que se les dieran algunas garantías y facilidades de otro orden más efectivo: que se disminuyeran los duros impuestos indirectos que pesan sobre ellos, que se les pusiera el pan barato y se les hiciera el trabajo más suave y mejor remunerado, que, en fin, se procurara elevar por los diversos medios posibles su nivel económico. Pero esa especie de garantías, realmente vitales y prácticas, no existe aquí para el pueblo; hay, al contrario, un sistema perfectamente coordinado y numeroso de explotación del pueblo por la minoría privilegiada, que concibe las leyes y las hace cumplir en su provecho; hay una violenta dictadura de clase y el gobierno es solo un producto de ella y un instrumento dócil a sus fines. Y la prueba es que, en favor de esa pequeña clase poderosa y en contra del vasto pueblo explotado, el gobierno usa incondicionalmente todos los métodos de acción y de coacción de que dispone. Así, un día, el gobierno rodea de fuerzas armadas el edificio de un banco en quiebra para protegerlo del pueblo que teme la pérdida de sus ahorros; pero otro día declara que no puede hacer nada contra los acaparadores y los especuladores porque eso iría contra la libertad de industria; un día pone el ejército al servicio de los terratenientes de Montería para que asesinen a los campesinos

que reivindican el derecho a los frutos cultivados; y otro día impide que los inquilinos de Barranquilla reclamen pacíficamente la baja de los inverosímiles arrendamientos. ¿No hay una férrea, una cruel, una odiosa dictadura de clase, y no es el gobierno su instrumento incondicional?

Aun dentro de las desfavorables leyes que existen, encaminadas todas a efectuar la distribución de la riqueza pública y del tesoro público, entre un corto número de familias privilegiadas, el gobierno podría hacer algo en favor del pueblo sin trabajo, si verdaderamente quisiera gobernar para todos los colombianos. Bastaría tratar de interpretar la ley con un poco de buena voluntad, de interés sincero por el pueblo hambreado. Si una vez el presidente inventó tres días de fiesta nacional solo para proteger a varios bancos en quiebra, ¿por qué no podría encontrar otro inocente pretexto para rebajar los derechos de aduana sobre los artículos de primera necesidad o siquiera para impedir la inmoderada actividad de los especuladores? Con la práctica de alguna simple disposición de policía, de esas que yacen olvidadas en los códigos, pudo hacerse algo en favor de la baja de los víveres.

Pero eso no se implanta, no por evitar la dictadura, sino, precisamente, para ser consecuente con la dictadura de clase, con la opresión económica sistemática decretada por el

grupo de negociantes y terratenientes que son los que, como dijo Eastman, se reparten entre sí la platica de los contribuyentes y los consumidores.

EL PASO DE “EL VIENTO”

CONFORME A UNA DISPOSICIÓN DEL ÁRBITRO suizo, el distrito colombiano de “El Viento” pasó a ser parte del territorio de Venezuela. Hace poco se verificó la solemne y significativa ceremonia del cambio de nacionalidad. El comisario pronunció un discurso, que forzosamente tuvo que decir así, en resumen: “Señores: vosotros érais hasta hoy ciudadanos colombianos. Pues bien: desde hoy seréis ciudadanos venezolanos. Así lo ha dispuesto el señor presidente de Suiza. No hay nada qué objetar a esto”.

Y así quedó verificado el cambio de nacionalidad. Y, efectivamente, no hay nada qué objetar a eso. Pero, a propósito del suceso, podría uno preguntarse, una vez más: ¿es que la nacionalidad no existe verdaderamente como un hecho interno, como una arraigada conciencia colectiva, sino que es algo tan externo, tan difuso y tan convencional, que puede sustituirse por la simple decisión de un árbitro lejano?

¿Todo el sentido de patria se reduce, por último, a una cuestión nominal? ¿Yo soy colombiano porque me llaman así, o soy venezolano porque me llaman así?

Realmente, sería muy difícil saber qué diferencia, fuera del nombre, hay entre un colombiano y un venezolano. El observador menos sagaz tendría que convenir en que son dos seres iguales que llevan voluntariamente o involuntariamente un rótulo distinto, que no corresponde a una división íntima y sustancial. La prueba es que, como en "El Viento", se puede cambiar de rótulo con facilidad, sin que el suceso determine un cambio equivalente en el espíritu, en la esencia, en el ser. En vano se buscaría, en el límite arbitrario e imaginario que divide los dos pueblos, algo vivo, algo definido que justifique esa división y que explique los pequeños odios y los artificiales sentimientos acumulados alrededor de ella. En vano se buscaría sobre la tierra uniforme, idéntica en todas partes como un símbolo de fraternidad universal, ese lindero natural que diga por sí mismo dónde principian o dónde acaban las patrias. Ese lindero no existe en la realidad. Es solo un producto de la imaginación puesta al servicio del egoísmo. Un producto convencional, que ha desvirtuado y oscurecido los instintos más generosos, más rectos y más humanos en el hombre. Por eso, sin duda, los ciudadanos que habitan cerca de las fronteras,

o en las fronteras mismas, son los que tienen una noción más vaga y más efímera de lo que es una frontera. Ellos no la ven, no logran distinguirla sobre la tierra idéntica. Y no logran tampoco, por eso mismo, hacerse la ilusión de que existe, como se la hacen los ciudadanos del centro.

Yo no voy a protestar contra la conmovedora facilidad con que los ciudadanos de “El Viento” se han resignado a cambiar de patria. Al contrario: ese acto sencillo es para mí un argumento elocuente de gran valor humano, que destruye o ayuda a destruir el bárbaro y trágico concepto sentimental de patria que aún reina en el mundo.

LA COLA

AQUEL GRIEGO SUTIL QUE AMPUTÓ LA COLA A SU perro en un raptó de irónico buen humor no adivinaba quizá en toda su magnitud el significado profundo, con proyecciones espirituales, que ese apéndice carnoso y peludo tiene en relación con la vida de los animales superiores.

En la cola reside indudablemente el equilibrio físico, y yo creo que también el sentido del equilibrio intelectual de los mamíferos. Me dicen que un pobre perro sin cola es incapaz de pasar un puente estrecho; esto, aun cuando no fuera cierto, es verosímil y lógico. La cola es para el animalillo como la palanca que el bailarín lleva en la cuerda y que le ayuda a distribuir las fuerzas y los pesos, cuando el cuerpo va a inclinarse demasiado a un lado o a otro. La palanca es la cola del bailarín; le infunde confianza, le encuentra no sé qué invisibles puntos de apoyo en el espacio y lo guía a lo largo de la cuerda, sin que

se interrumpa esa situación sutilísima y matemática que llamamos equilibrio.

Ahora bien: un perro sin cola es, además, el pequeño ser melancólico y chiflado por excelencia; ambulante y lleno de leves caprichos, parece que un eje secreto se ha roto en él, que falta a su vida una dirección precisa y ordenada, que su existencia ya no tiene razón de ser porque ha perdido su fin ideal. No me extrañaría que ese perro se hiciera misántropo y hasta que empezara a elucubrar teorías metafísicas y a preguntarse qué puede haber más allá de la vida y cuál es el principio y el fin de las cosas. Claro: el infeliz ha perdido el sentido del equilibrio intelectual, se ha desorbitado, es casi un hombre.

¿Y el hombre? ¿La falta, o mejor dicho, la pérdida de la cola ha influido en él espiritualmente? Porque es innegable que el hombre tenía cola; cualquiera puede cerciorarse personalmente, palpando con discreción los vestigios ancestrales de ese adminículo que llevaron, completo y móvil, nuestros abuelos remotos.

En el hombre actual la falta de cola es un defecto verdaderamente esencial, que yo no he podido resignarme a aceptar del todo; a veces en la calle pienso que todos los que van delante de mí, la llevan cuidadosamente enroscada debajo de la americana, y me asalta la extraña presunción

de que yo soy el único que no la tengo, convirtiéndome por eso en el ser más desgraciado de la tierra.

Pero en fin: sea que haya ido extinguiéndose lentamente o que un dios caprichoso —como Alcibíades a su perro— la recortó de un tajo en alguna mañana inmemorial, lo cierto es que esa deficiencia ha influido en el hombre de una manera definitiva. ¿Por qué entonces, afirmaba Pascal “que el hombre es el único ser imperfecto” y por qué solía decir el doctor Garavito, que el hombre “es un animal loco”? Os ruego que meditéis en esas dos frases, buscándoles la sutil analogía que tienen; sí, el hombre es un animal loco e imperfecto; una rutura primordial lo ha descentrado, lo ha dejado sonámbulo y errabundo dentro de la eternidad; lleno de apetitos inconmensurables, de extraños anhelos, de torturantes cavilaciones, el hombre tiende siempre a salirse de la órbita que le ha sido designada en la naturaleza. La sabiduría y la perfección de los otros animales, sobre todo de los que tienen cola, está en el sometimiento inconsciente y maravilloso a su destino; el caballo, por ejemplo, nunca desearía dejar de ser caballo; tranquilo y feliz, vive sujeto a su sino, y no trata de salirse de la escala que le corresponde en la naturaleza; es perfecto. El hombre, en cambio, trata de modificarse a sí mismo, lleno de ansias infinitas, complicando su existencia cada día un poco más; solo en él se

encuentra el descontento metafísico, la inconformidad trascendental; solo él no es feliz. En relación a los otros animales, el hombre es como el cometa, ambulante y perdido, en relación a los astros que poseen su órbita fija y la recorren ecuánimes, sencillos, humildes, desde el principio hasta el fin de los tiempos.

Y es que al hombre le falta una batuta, una palanca, un índice que guíe y sostenga su equilibrio; al hombre le falta la cola, cabo flexible y prodigioso que amarra la inteligencia loca a la realidad de la vida.

ELEGÍA A LOS PERROS MUERTOS

EL ASESINATO DE LOS PERROS URBANOS ES UN gran crimen que está cometiendo la ciudad, y que tiene ya a muchos pobres hogares de duelo en la casa estrecha del suburbio, el perro es una prolongación vital de la familia, una especie de segundo hijo menor mimado y regañado al mismo tiempo, que comparte íntimamente la vida común y que posee una personalidad acentuada dentro del concierto familiar; se habla de él con naturalidad, se le tiene en cuenta, se le considera inconscientemente como a una débil persona querida, sin voz pero con voto efectivo en las menudas decisiones del hogar; podría decirse que se acumula en él ese excedente de cariño que siempre existe vagamente y que es, quizá, el cariño que se iba a dedicar a los niños fracasados o que se tiene en potencia para los que no han nacido todavía o para los que no nacerán ya; el perro es, en esas casas reducidas de muy íntima y estrecha

comunidad familiar, como un término medio entre el hijo menor y los hijos futuros, como una personificación anticipada de la probable descendencia.

Por eso, la matanza colectiva de perros caseros es, en cierto modo, una degollación de los inocentes, una tragedia herodiana que puebla las calles de dulces cadáveres calientes y llena de dolorosa estupefacción a los corazones ingenuos que no podrán comprender jamás por qué se asesina al pequeño ser expresivo, de húmedos ojos afectuosos, de rosada lengua palpitante, de castos dientes de mujer, de profunda alma abierta a todas las virtudes heroicas; al pequeño ser tan lleno de inteligencia y de conciencia, tan eminentemente espiritual, que desaloja a nuestro rededor tanta frialdad y tanta soledad como la presencia de la mujer amada o del amigo preferido; que transcurre a nuestro lado mirándonos calladamente, con una mirada más honda, más elocuente y más conmovedora que todas las palabras del mundo, aún las santas y terribles palabras de los profetas y de los niños.

Yo no creo que haya un alma irradiante y eterna en el hombre, ese pedazo de carne fría y brutal; pero si el alma existe como una esencia pura, noble y superviviente, allí y nada más que allí tiene que estar detrás de las pupilas cálidas del perro. Y si es verdad que hay un paraíso póstumo, una patria supraterrrestre de selección, debe ser para recibir

en ella a las almas buenas de los perros; paraíso con niños juguetones y senderos de arena donde pueda estirar sus ágiles piernas y pasear su serena alegría; y con una luna pálida por las noches para que fijen en ella sus ojos enigmáticos preñados de pensamiento.

EL CARPINTERO

EN LOS DÍAS PASADOS INSTALARON AQUÍ, EN la casa del periódico, un gran banco de carpintería y tuvimos por algún tiempo a los buenos carpinteros trabajando con sus martillos y sus garlopas; y yo no comprendí hasta entonces el espíritu sagrado y cordial de este arte bíblico de labrar la madera.

No hay entre todas las profesiones una que mejor acomode al hombre apacible, al hombre evangélico y fraternal que desee deslizar su vida hacia la eternidad sin zozobras, sin saltos, sin grandes penas, su vida pálida envuelta en un perfume inefable de roble y de cedro.

Muchas veces me he puesto a pensar cómo es que Renán no fue carpintero; su filosofía discreta y ondulada, sin aristas ni púas hirientes, hubiera armonizado tan bien con el alma rústica de la madera, con el espíritu sutil y ligero de la viruta, con el ambiente religioso y aromado del humilde

taller: ¡Y cuán grave y bello verlo así como yo me lo figuro, en mangas de camisa, con la ancha cabeza inclinada, solemne y sonriente, yendo y viniendo con medida, la regla de pulgadas en la mano y el lápiz en la oreja, muy posesionado de sí mismo, muy metido en su oficio, lleno del amor a la tierra, de la alegría panteísta, cósmica, que pone en nosotros el contacto con la madera nueva!

La carpintería debe ser una disciplina excelente para modelar el alma en el ideal de perfección de Marco Aurelio: la serenidad. ¿No habéis sentido al penetrar en esos amables talleres una impresión tonificante de ecuanimidad, de felicidad sencilla? El maestro carpintero, severo y benévolo, se os acerca y os habla; notáis que posee en una forma recóndita y dilatada el sentido de la vida; porque él ha hecho sin duda una cuna y un ataúd, como ha hecho un lecho de bodas; y tiene presente a cada instante el principio y el fin; ata en cada instante los dos cabos de la existencia del hombre; esa visión completa de la vida se asienta en él y lo santifica.

Y sus manos gruesas infundirán también a los muebles esa débil alma callada, hermana del alma del hombre: ¿Qué fuera de nosotros sin el buen carpintero que da el lecho cordial que nos abraza y nos esconde, las sillas vigilantes que nos acompañan en la noche, el claro aguamanil desde cuya altura el espejo nos mira y nos anima, el escaparate familiar

que apresa el perfume de la ropa limpia? ¿Qué fuera de nosotros dentro de la soledad abrumadora de nuestras casas, sin esos muebles vivos, fraternales, cuyo aliento cariñoso nos envuelve y acaricia, y espanta de los rincones y ahuyenta de las puertas abiertas los fantasmas y las inquietudes?

Buen carpintero: hacedme mi lecho de muerte en esa madera sincera que lanza alegres virutas al aire, porque quiero llegar al cielo como vos, envuelto en el dulce perfume del cedro y del roble.

LOS VERSOS

PARA QUE UNA MUJER SEA VERDADERAMENTE bella debe ser un poco fea. Es decir, un poco imperfecta e inarmoniosa, con algo levemente raro y sorprendente en su belleza. Ante todo, no ha de estar conformada según esos impecables modelos griegos que vemos en los museos y que ya nos tienen fatigados de corrección y de frialdad. “Sus facciones —dice Poe de Lady Ligeia— no se definían en el molde corriente que se nos ha enseñado a admirar falsamente en las clásicas obras del paganismo”. El ideal moderno de la belleza femenina no está todo en la perfección majestuosa de las diosas. Nuestra imaginación ya un tanto desequilibrada busca mejor en la mujer una cierta gracia discreta y lejana iluminada por espiritualidad penetrante, la mujer que despierta, por su aspecto imprevisto, ilusiones inesperadas, no le hace que ella sea menuda, o demasiado delgada, o tenga los ojos muy grandes, o las naricillas

pequeñas, no le hace que no lleve proporción nimia en las partes ni tenga la imponencia olímpica de los mármoles. ¡Ay! ¿cuándo hemos visto, y dónde, aquellos retratos pálidos de Ghirlandajo, llenos de idealidad vaga y grave, concentrados e inundados de un grave espíritu místico que los hace radiantes? Yo no sé, pero amo esa belleza enfermiza que es una reacción contra la Venus, láctea, inespiritual y horriblemente perfecta.

Ahora bien: mi sentimiento personal respecto a la poesía es idéntico a lo que he tratado de explicar de la belleza femenina. ¡Dios me guarde de los versos perfectos! Quiero los versos un poco descoyuntados, pero vivos y que vengan formados de palabras, no exóticas, sino simplemente imprevistas; que envuelvan al mismo tiempo una idea o una imagen, no nueva, sino que apenas nos deje un poco atónitos, un poco sorprendidos, porque no la esperábamos allí, porque no adivinábamos que la estrofa iba a concluir de esa manera, tan natural sin embargo, pero tan poco acostumbrada. No importa que todo eso no esté sujeto a las estrictas reglas métricas y no importa que el vocablo no sea demasiado elevado, demasiado poético. ¡Hay versos malos que son tan bellos!

Verlaine hablaba de torcerle el cuello a la elocuencia. Muy bien. ¡Cuanto antes! Pero, al mismo tiempo, el poeta pedía

para los versos música y solo música. ¡Pues no, ya no, ya es tiempo de torcerle el cuello a la música! ¿Hasta cuándo nos van a dar los poetas su música cansada de cascabeles, la terrible música monótona de los sonetos y de los cuartetos, la música intonsa de todos los metros correctos, que nos hace pensar con pavor en las recitaciones de las escuelas y de las veladas literarias en que se dicen epopeyas atroces? Proclamemos el horror a las palabras musicales, a los metros musicales, a los poemas musicales, de todo género, que, cuando los decimos, o nos los dicen, obligan a adoptar ese tono cantado y elocuente, ese tono conmovedor, irresistible para las mujeres y para los poetas, ramplón y mediocre como nada en el mundo. Proclamemos la necesidad de que los poetas, los poetas de verdad, no tengan oído ni posean el instinto de la musicalidad fastidiosa de las palabras y de las estrofas.

FANTASÍA EN MADERA

DICEN QUE EL POBRE MAUPASSANT, EN LOS últimos días de su vida, sufría alucinaciones extrañas. Entre otras cosas atormentadoras, se cuenta que una vez creyó que lo perseguían los muebles de su cuarto: que las sillas, y los sofás, y los escaparates gigantescos y el lecho cuadrúpedo, corrían en pos de él escalas abajo, desalados, estrepitosos y amenazantes, hasta que lo alcanzaron en un rincón del jardín y lo molieron a golpes con sus puños y sus patas de madera.

Siempre que entro a una agencia de muebles pienso en Maupassant. Aquel hiperestésico sublime temía a los muebles porque creía que en ellos hay algo animal y hasta algo singularmente humano. Y, en efecto, toda agencia de muebles da como la idea de un jardín zoológico petrificado, o, mejor, de un osario monstruoso en que se hubieran agrupado los fósiles de una fauna desaparecida hace mucho

tiempo; colección magnífica de esqueletos reconstruidos que adoptan sobre el suelo posiciones orgánicas, naturales, desembarazadas, como si alguna vez hubieran tenido vida, o fueran a tenerla en un momento inminente.

Y después de todo, ¿quién me dice que hace treinta mil años los escaparates y los taburetes, los sillones y los sofás, no andaban sueltos por el campo, correteando pesadamente en los ratos de alegría, o, a menudo, sentándose a discutir con severidad bajo las encinas? A mí al menos, los muebles me dan esa extravagante impresión de vida en latencia. Un taburete, por ejemplo, me parece sencillamente humano. Lo veo como un pobre ser paralítico y circunspecto, que se pasara eternamente en cuclillas, esperando algo remoto; tiene el aire resignado y melancólico de un gran señor venido a menos, de un ente superior reducido, por castigo divino o por simple hechicería, a adoptar formas imperfectas e inertes, hasta que llegue el minuto del desencantamiento milagroso.

Sin embargo, hay quienes creen que los taburetes salen a veces de ese encantado mutismo, en raros pero merecidos instantes de expansión. O si no, ¿qué hacen en el interior de las salas cerradas, durante las largas noches solitarias, esos seis o siete taburetes que tan ceremoniosa y cortésmente se reciben la visita? Quizás asomándose uno por el hueco de

la cerradura los vería accionar con parsimonia y los oíría hablar de política, o de economía, o de no sé qué cosas graves y abstrusas, porque a mí se me figura que los taburetes, y sobre todo los altos y severos taburetes de vaqueta, deben ser unos señores medio filósofos y medio financieros, que solo deben hablar de asuntos serios y tremendos, con ese tono doctoral que adoptan los congresistas en las Cámaras.

Puede suceder que el taburete sea el tipo degenerado de una gran especie que vivió en remotas edades o el principio de evolución de una gran especie que vivirá en el porvenir. Quizá se podría formular una teoría en que se probara que el hombre desciende del taburete; teoría ingeniosa y verosímil que tendría tanto éxito como las que tratan de probar que el hombre desciende del mono o del caballo.

En todo caso, dentro de la extraña fauna de los muebles, el taburete es el tipo que más se acerca al hombre; el escaparate vendría a ser el mastodonte. Un escaparate da siempre la impresión de que va a rugir con horrísono acento antediluviano; de que va a movilizar de pronto su mole gigantesca, pausada, atropellando los menudos y frágiles objetos del tocador. Todos nos acercamos al escaparate con cierto íntimo pavor, con cierta solemnidad ritual como si esperáramos ver surgir de sus entrañas alguna cosa maravillosa.

El lecho, en cambio, con su enhiesta cornamenta y sus cuatro patas cortas, es un buen buey, un cuadrúpedo dócil y apacible, que rumia en su rincón, indiferente a todo lo que pase encima o debajo de él.

La cómoda, de pequeños cuernos, esbelta y ligera, es un búfalo momificado.

La silla de extensión es un lagarto.

Ahora bien: ¿ese mundo fantástico de los muebles es verdaderamente inerte, como lo pensamos, o se burla de nosotros en nuestra ausencia? Yo no sé; pero a veces, al abrir una pieza, parece que los muebles acabaran de recobrar súbitamente sus posiciones habituales y conservan aún un leve aire de sobresalto y de encogimiento anhelante, como si hubieran estado haciendo alguna cosa mala, o entregados a una furibunda batahola.

En un momento de esos los sorprendió Maupassant y quisieron vengarse de él para que no revelara su secreto.

EL HOMBRE QUE SE CASA

ACABO DE SABER POR LOS PERIÓDICOS FRANCESES que M. Anatole France contrajo matrimonio hace algunos días con Mlle. Emma Laprevotte. ¡Sin duda, no imaginábamos los admiradores de ese estupendo maestro de escepticismo, que al cabo del tiempo iría a concluir por creer en tantas cosas, incluso en el amor!

Es cierto que M. France se convirtió en los últimos años en apóstol fervoroso de ciertas ideas de redención social; ¡cuando empezó a creer en el amor, ya M. France creía en el socialismo! ¿Qué pensáis de la evolución de aquel fino espíritu irónico de antes que se reía amablemente de todo y que ahora se ha dejado coger en las redes severas del matrimonio y de la filantropía? ¡Ah, no vale la pena de pasar toda una vida por encima de las cosas, para meterse después dentro de ellas, con esa solemnidad aparatosa del que se casa o del que predica!

Porque el hombre que se casa, como el hombre que predica, es el tipo esencial del crédulo, del que tiene fe absoluta en la vida y está metido dentro de la vida, con una obstinación ciega e ingenua, como la de los niños; es el que lleva todavía dentro del corazón ese pajarillo pueril que se llama Esperanza. Por eso el apóstol y el enamorado son siempre dos seres un poco ridículos; ¿y no lo han de ser si van persiguiendo con un empeño conmovedor cosas comprobadamente ilusorias y frágiles? Al verlos imparcialmente tenemos que sonreír como sonreiríamos contemplando desde la terraza de nuestra casa a un naturalista que caza mariposas en el campo. ¡Cuántas piruetas insinúa, cómo va y viene en pos de ellas, salta o se inclina, camina con precaución cómica o corre a grandes zancadas! Desde nuestro observatorio, nosotros sabemos que si las aprehende al fin, se desharán muertas en sus dedos y todo el esfuerzo habrá resultado inexplicable. El apóstol que cree en una posible modificación de la vida y el enamorado que busca un remedio para la soledad de su corazón van en persecución de unas mariposas locas; no saben que esas cosas son inmodificables o irremediables; no aprovechan las viejas y constantes lecciones de la experiencia y no logran salirse de esos círculos cerrados para contemplar el panorama desde un punto indiferente.

Eso solo lo hace el humorista, no porque el humorista sea precisamente un desencantado, sino porque tiene una intuición especial y completa de las realidades, porque ve el universo, no en los detalles inmediatos, sino en un conjunto total; sabe que las cosas han sido así una vez y que seguramente así seguirán siendo siempre. Por eso el humorista no espera nada, pero procura conformarse con lo irremediable y lo aprecia de una manera sonriente y benévola. El humorista está al “margen” de las cosas; el enamorado y el apóstol están “dentro” de las cosas y las toman tan a pecho, tan en serio, que podrían dar tristeza si no fuera porque primero hacen sonreír.

M. France dejó de ser un humorista desde que ingresó al socialismo porque un socialista es lo más dramático y lo más serio que hay en el mundo; ahora que M. France se ha casado no solo será serio y dramático sino también decididamente trágico: el matrimonio siempre es y será una tragedia, quizás una mala tragedia.

LOS CORDONES

NADA ME HA DADO TANTA LUZ SOBRE EL TEMPERAMENTO de Washington Irving como el detalle insignificante que trae de paso William Curti en un libro de crítica. Dice de él que marchaba “a lo largo de Broadway, con andar ágil y elástico, calzando zapatos bajos esmeradamente atados”.

Ante todo, este Irving, sin duda, no fue un hombre demasiado nervioso. Sería más bien un ser equilibrado y alegre, porque marchaba con paso “ágil y elástico”, hundido en esa felicidad desbordante que asalta a veces en la calle a los hombres sanos. Quizá silbaría a ratos un aire militar y detendríase con frecuencia a charlar vivazmente con los transeúntes. Sería, en la vida, un hombre acicalado y correcto, y debieron haberlo hecho diplomático.

Pero lo que yo envidio a Washington Irving no es precisamente su fama de primer autor clásico de los Estados Unidos, ni sus cuentos excelentes, ni su puro humorismo

anglosajón. Lo que yo le envidio es aquel secretillo misterioso de haber sabido atar bien los cordones de los zapatos. ¿Hay entre los pequeños menesteres que aprendemos no se sabe cómo, y ejecutamos mecánicamente, uno que sea a menudo tan mal desempeñado como este de atarse los zapatos? Para mí la humanidad se divide en dos clases: los que se atan bien los zapatos y los que se los atan mal. Los primeros son los hombres enérgicos, metódicos, minuciosos de acerada voluntad, los que harán carrera y conseguirán fortuna; los segundos son los hombres descuidados, indiferentes, nerviosos, los que hacen todo débilmente y a medias, los que morirán pobres, y no darán nunca la medida de sus capacidades. El hombre afirmativo pone aún en los actos mínimos y mecánicos el sello de su resolución: todo lo hace en firme y definitivamente. El otro, el nervioso, no: el nervioso va siempre por la calle atándose los zapatos, porque se le han zafado, no se seca completamente en el baño por salir aprisa; no se hace nunca la raya del peinado recta y correcta.

Por eso, porque sabía amarrarse completamente los zapatos, creo yo que Irving fue un señor feliz y metódico, y por eso, el único capaz de escribir una historia de Nueva York, como la que escribió.

LOS QUE LLORAN EN EL TEATRO

SIEMPRE ME HAN CAUSADO UNA ESPECIE DE envidiosa admiración los que lloran en el teatro; son bellas sensibilidades vírgenes que llegan a despojarse por completo de todo espíritu crítico, hundiéndose dentro del ambiente dramático, compenetrándose con él hasta el punto de tomar como una realidad verdadera la falsa realidad de la escena; sufren y gozan con los personajes, los aman, los odian, lamentan sus defectos y elogian sus cualidades y luego, hablan de ellos como si fueran realmente seres humanos. El autor, el dramaturgo, no les interesa mucho; solo les interesa la obra en sus detalles y en su movimiento, pero no la consideran principalmente como un producto literario y artístico, sino como un trozo de vida, cualquiera, donde, como en todos los trozos de la vida, el que lo dispone y lo ordena todo, permanece invisible y esfumado sin poner directamente manos en el asunto.

Para esos seres afortunados, ya lo dije, los personajes de la escena adquieren un relieve humano; por eso cuando al otro día se refieren a ellos les dicen familiarmente *Alberto* o *La Condesa*, como si se tratara de Fulano o de Perano, los vecinos de enfrente a quienes les ha pasado una desgracia, o de quienes saben una historia.

¿Cómo harán esos individuos para abstraerse hasta el grado de perder por completo la noción de todo lo falso, de todo lo irreal que hay en la escena? Para mí es un pequeño misterio porque, por poco analíticos que seamos siempre existen en el teatro *resquicios* por donde se sale la ilusión; siempre tiene uno más o menos latente la seguridad de que lo que pasa en las tablas es mentira: cuando, por ejemplo, en el momento trágico, la mano armada se alza sobre el que ha de morir, una voz baja y tranquilizadora nos dice dentro de nosotros mismos, que ese puñal es de cartón; y a veces en un pasaje solemne no podemos dejar de pensar: ¡qué tal que se le cayera la peluca! Y entonces, lo sublime se hace ridículo y se evapora en nuestros nervios la carga de emoción que habíamos estado acumulando desde hacía rato.

Sin embargo, los que lloran en el teatro son ciegos y sordos a esos menudos ataques del escepticismo; su atención va rectilínea hacia un punto céntrico sin detenerse en detalles laterales y el movimiento loco y fluctuante de las pasiones

los embarga y los domina, despersonalizándolos, aislándolos de lo que los rodea inmediatamente y transportándolos al ambiente dramático, al medio particular en que viven y ambulan los personajes; creo que hasta se identifican con ellos y viven con ellos su tragedia; para estos individuos exclusivamente debió haber sido creado el teatro.

Pero, me diréis: a los fríos, a los analíticos, a los críticos ¿no les será dado gozar de la belleza emocionante de la tragedia en el teatro? *Esos* podrán obtener en el teatro una emoción puramente intelectual; su ansia de realidad estricta no podrá verse saciada sino en las tragedias de la vida verdadera; pero quizá no todos tengan el alma todavía lo suficientemente preparada para ello: porque en la vida verdadera, la tragedia es un espectáculo demasiado enérgico y violento para que pueda apreciarse estéticamente y con tranquilidad; tal vez solo algunos muy raros asesinos refinados sabrían saborear esa emoción suprema; sin embargo, en el mundo, ni aún los más feroces críticos de arte poseen a menudo el alma fuerte y enigmática de los asesinos.

LA ÉTICA DEL PANTALÓN

SI YO FUERA A ESTUDIAR ALGÚN DÍA DETENIDAMENTE, como el tema lo merece, la psicología y la sociología de las ropas, tendría que dedicar un capítulo especialmente extenso al pantalón. El pantalón es la prenda más rica en personalidad y en humanidad; es la prenda más efusiva y más tierna y al mismo tiempo, más llena de calidez vital y de espíritu andante, de posibilidad locomotriz.

¿Nadie ha pensado en que, despertados por una catástrofe, por un terremoto tal vez, todos los pantalones que yacen en los escaparates y los roperos, puedan salir algún día corriendo por la ciudad como una muchedumbre asustada? Un suceso fulminante, de esos que devuelven la palabra a los mudos, sería quizá capaz de vigorizar súbita y definitivamente las piernas enclenques de los pantalones, haciéndolos entrar de lleno en la humanidad ambulante y transeúnte que puebla las calles.

Eso sería un espectáculo conmovedor que haría horrorizar a las señoras. Porque unos pantalones solos y vacíos dan cierta impresión de desnudez inmoral; podría decirse que unos pantalones no están cubiertos, no están “vestidos” sino cuando llevan adentro a su dueño; el dueño es como la hoja de parra de los pantalones, es lo que los hace pudorosos y castos. Una señora puede ruborizarse mucho más viendo unos pantalones sin hombre que un hombre sin pantalones.

Y esta circunstancia viene a constituir una prueba gráfica de la cantidad de humanidad que hay en los pantalones. La moral es una noción que concierne exclusivamente a los hombres; desde que una cosa empieza a parecer moral o inmoral es porque se ha humanizado profundamente.

Aparte de esta cuestión de índole puramente ética, hay que notar el influjo soberano que los pantalones han ido adquiriendo sobre el hombre, la suma de personalidad que le han ido quitando en el curso del tiempo. El hombre que provisionalmente se encuentra sin pantalones es un ser mísero, impotente, tímido, empequeñecido. ¿Cómo pudieron combatir, trabajar, caminar, mandar y obedecer, cómo pudieron, en fin, vivir dignamente con las piernas desnudas los habitantes de las cavernas? Hoy no sabríamos explicarnos bien ese fenómeno remoto; el hombre actual necesita

los pantalones, no tanto como un vestido encubridor, sino como un eficaz estimulante espiritual para la acción energética. Aún en los momentos de violenta catástrofe, cuando todo acto es instintivo, el hombre experimenta la necesidad psicológica de, antes que todo, ponerse sus pantalones para poder actuar con firmeza. Solo así, encaramado, digamos, sobre sus pantalones, se siente fuerte y valeroso, se encuentra listo para el ataque o la defensa.

En la vida civilizada y ciudadana de hoy, los pantalones, bípedos y andantes, han venido a reemplazar en cierto modo al caballo fiel de los primitivos guerreros nómades. Montado sobre ese indumento extraño, tan lleno de estímulos vitales, tan efusivo y cálido, el hombre actual se siente como un vencedor en marcha, como un radiante dominador de la vida.

EL CORO DE LAS LAMENTACIONES

¿CUÁNDO ABANDONAREMOS, YA PARA SIEMPRE, ese estrecho criterio pesimista que informa gran parte de nuestro pensamiento cotidiano? En la tribuna, en la prensa, en el folleto, en el café y en el corrillo de la esquina, nos complacemos en aplicarnos, sin ningún escrúpulo, los más displicentes y relajados adjetivos. “Somos un país bárbaro, inhábil, desacreditado, el más atrasado y el más inhabitable de la tierra”, oigo exclamar al burgués que vende salchichas en la tienda de enfrente y al hombre autorizado que dogmatiza desde las columnas de un diario.

“En Estados Unidos, en Argentina o en Bélgica, se hace tal cosa, mientras nosotros permanecemos inactivos”, predicán en las calles esos oradores ambulantes, que logran reunir frente a sus ojos, un público de más de dos oyentes desocupados.

Y lo que somos, en resumen, es unos seres paradójicos y descontentos. Emprendemos a voz en cuello un estridente

coro de lamentaciones, precisamente cuando nuestra vida republicana se encauza y normaliza, por una vía ya definida y llena de promesas.

Nos llamamos desacreditados, cuando las grandes entidades financieras del extranjero empiezan a mirarnos sin desconfianza; nos decimos arruinados, cuando las industrias nacionales florecen más bellamente que nunca y cuando el comercio exterior prospera y aumenta; no pensamos que mientras estamos en una relativa holgura, en los Estados Unidos, el país rico por excelencia, solo se come pan una vez a la semana; nos calificamos de bárbaros, cuando hemos visto pasar un debate electoral de sorprendentes magnitudes, sin que se vertiera la sangre suficiente para llenar el cuenco de una mano.

Apenas empezamos a vivir, apenas salimos de esa tumultuosa algarabía de gritos incoherentes, de precipitaciones, de cosas magníficas y desconcertantes, de todo eso oloroso a pólvora y a sangre, que fue la existencia de la República en el siglo pasado, y que ya está muy lejos, apenas empezamos a vivir, y queremos colocarnos de un salto a la cabeza de una civilización, sin dejar que el organismo nacional sufra ciertas evoluciones lógicas y necesarias. Quisiéramos yuxtaponer a nuestra cultura incipiente otra cultura superior, sin adaptarla, sin preparar paulatinamente nuestros

espíritus y nuestras actitudes, como el Japón que, a su deliciosa y milenaria civilización ha superpuesto, sin un sólido engranaje, sin una soldadura perdurable, otra civilización desemejante y efímera, que se derrumbará un día u otro, al decir de Gustave Le Bon.

Si no hubiera pasado ya el tiempo en que los profetas peroraban en las plazas públicas, podría, hoy, erguirse alguno sobre las muchedumbres, y decir: que calle el coro necio de las lamentaciones. Preparémonos a vivir nuestra pequeña vida y esperemos pacientemente el turno de ser grandes, fuertes y admirados.

LA FELICIDAD

ANDA POR AHÍ, DE MANO EN MANO, UN INTERESANTE álbum, donde se han recogido pacientemente las numerosas y diversas respuestas que los hombres más conspicuos han dado a esta curiosa interrogación: ¿cuáles son las tres cosas que constituyen la mayor suma de felicidad en el mundo?

Y he aquí que unos han dicho: el dinero, la salud y el amor; y otros: la fe y la esperanza y la lucha; y aquellos: la caridad y el vino y el sueño. Y hay mil opiniones y en cada una de ellas podría adivinarse el carácter y el talento del individuo y sobre todo se advierte ahí un esfuerzo, un anhelo de concretar, de meter dentro de una fórmula o una frase ese cúmulo de ideales vagos, de deseos inasibles que son, en la vida, palancas invisibles que empujan a la acción, estrellas móviles que determinan nuestra ruta. ¿Pero

quién sería capaz de decir precisamente lo que desea? Ese sonoro vocablo, felicidad, encierra algo nebuloso, inaprehensible, y si nos preguntaran de sopetón qué significa, no seríamos capaces de responder.

Parece que la tal felicidad no es, ni mucho menos, un estado perdurable, una característica duradera, uniforme, de la personalidad. No. Tal vez será más bien una manera de ser, momentánea, accidental, que podría presentarse en múltiples formas y en determinadas circunstancias. Una manera de ser promovida por quién sabe qué ocultos, misteriosos, incognoscibles resortes.

Sin embargo, si al cronista le interrogaran sobre esas tres cosas estupendas que han de constituir la felicidad en el mundo, el cronista diría, a riesgo de equivocarse, que esas tres cosas deben ser: no desear nada; no poseer nada; no saber nada. Porque el deseo es angustia, y el tesoro es honda preocupación, y el conocimiento que analiza y desnuda es desencanto.

Ser, ¡oh dioses!, limitado y pequeño, alcanzar la vida insignificante de las cosas humildes, que no aman, ni lloran, ni sufren, ni gozan. Ser, sin alegrías profundas y sin dolores inmensos, como el sencillo cura de mi aldea: rubicundo, bonachón, sonriente, que tomaba, al mediodía, chocolate con galletas y cultivaba un dulce huertecillo de lechugas.

Bien sabe todo el mundo que, cuando murió plácidamente, el mismo Dios del cielo con sus barbas pluviales vino a abrirle las puertas del Paraíso.

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

La edición que mayoritariamente sirvió de base para esta publicación fue *Gotas de tinta* (Instituto Colombiano de Cultura, 1977), una selección de la obra de Luis Tejada que hizo Hernando Mejía Arias, a partir de la cual se hicieron ajustes y correcciones afinando algunos aspectos sintácticos y actualizando su ortografía. Otras obras que se consultaron y que resultaron de enorme utilidad fueron *Mesa de redacción* (Universidad de Antioquia, 1989) —una recopilación de la obra de Tejada de Miguel Escobar Calle—, *Luis Tejada: una crónica para el cronista* (1994) de Víctor Bustamante y especialmente la biografía *Luis Tejada: vida breve, crítica crónica* (Panamericana, 2006), escrita por John Galán Casanova.



LUIS TEJADA CANO

Nació el 7 de febrero de 1898, en Barbosa (Antioquia), hijo de Benjamín Tejada Córdova e Isabel Cano. En 1917 publica sus primeras crónicas en el periódico estudiantil *Glóbulo Rojo* y ese mismo año ya publica su primera crónica en *El Espectador*. Trabaja luego para *El Universal* y *La Nación* en Barranquilla. En 1920, en Medellín, llega a publicar 215 crónicas y se convierte en el primer presidente de la Asociación de Cronistas de Medellín. En 1922 vuelve a Bogotá y publica en *La República*. En 1923 vuelve a *El Espectador* y en agosto es nombrado director de su suplemento literario. Muere en el Hotel Suiza de Girardot, el 17 de septiembre de 1924, a los 26 años.



Libro al Viento

COLECCIÓN LATERAL

Es de color azul y es un espacio abierto a géneros no tradicionales como la novela gráfica, la caricatura y el ensayo.

- | | | | |
|----|------------------------------------------------------------------------------|-------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| 15 | ¡QUÉ BONITO BAILA EL
CHULO! CANTAS DEL VALLE
DETENZA
<i>Anónimo</i> | 65 | SOY CALDAS
<i>Stefan Pohl Valero</i> |
| 23 | POR QUÉ LEERY ESCRIBIR
<i>Francisco Cajiao</i> | 69 | CARTILLA MORAL
<i>Alfonso Reyes</i> |
| 33 | PALABRAS PARA UN
MUNDO MEJOR
<i>José Saramago</i> | 70 | EL PARAÍSO DE LOS GATOS
<i>Émile Zola</i> |
| 40 | EL LIBRO DE MARCO
POLO SOBRE LAS COSAS
MARAVILLOSAS DE
ORIENTE | 71/72 | PÜTCHI BIYÁ UA,
Antología multilingüe
de la literatura indígena
contemporánea en
Colombia. Vols. I y II
<i>Miguel Rocha Vivas</i> |
| 50 | CARTAS DE LA PERSISTENCIA
<i>Selección María Ospina Pizano</i> | 73 | GLOSARIO PARA LA
INDEPENDENCIA.
Palabras que nos cambiaron
<i>Margarita Garrido y
Juan Ignacio Arboleda</i> |
| 56 | LA EDAD DE ORO
<i>José Martí</i> | 76 | EL FÚTBOL SE LEE
<i>Dario Jaramillo Agudelo</i> |
| 63 | LA ANTORCHA BRILLANTE
<i>Eduardo Escallón</i> | 79 | MEMORIAS PALENQUERAS
Y RAIZALES
<i>Varios autores</i> |
| 64 | VIVA LA POLA
<i>Beatriz Helena Robledo</i> | | |

- 80** RUFINO JOSÉ CUERVO:
UNA BIOGRAFÍA LÉXICA
Edilberto Cruz Espejo.
Redactores: Gloria Esperanza
Duarte Huertas, María
Bernarda Espejo Olaya, Andrés
Jiménez, Stella Lamprea
Muñoz, Nancy Rozo Melo,
Ivonne Elizabeth Zambrano
Gómez.
- 83** CALIDEZ AISLADA
Camilo Aguirre
- 89** CARTAS DE TRES OCÉANOS
1499-1575
*Isabel Soler e Ignacio Vásquez
(edición y traducción)*
- 96** CRONISTAS DE INDIAS
EN LA NUEVA GRANADA
(1537-1731)
*Gonzalo Jiménez de Quesada
Pedro Cieza de León
Fray Pedro Simón
Alexandre Olivier Exquemelin
Fray Alonso de Zamora
Joseph Gumilla*
- 104** CALIGRAMAS
*Guillaume Apollinaire
De la traducción: Nicolás
Rodríguez Galvis*
- 106** BREVIARIO DE LA PAZ
Varios autores
- 112** BICICLETARIO
Juan Carlos Rodríguez
- 125** MARAVILLAS Y HORRORES
DE LA CONQUISTA
Orlando Melo (selección)
- 130** EL ARTE DE DISTINGUIR A
LOS CURSIS
*Santiago de Liniers y
Francisco Silvela*
- 138** VERSIONES DE LA
INDEPENDENCIA
- 141** CANCIONERO DE ROCK
AL PARQUE
- 157** RECUERDO MI ORIGEN
*Vito Apūshana, Fredy
Chikangana, Nataly Domicó,
Hugo Jamioy, María Violet
Medina Quiscue, Iván Niviayo,
Nelson Tuntaquimba Quinche*
- 158** CAMINAR Y
UNA VIDA SIN PRINCIPIOS
Henry David Thoreau
- 166** EL ARTE DE CONVERSAR
Michel de Montaigne
- 171** EL DICCIONARIO DEL
DIABLO. UNA SELECCIÓN
Ambrose Bierce

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código
e ingresa a la biblioteca digital,
donde tendrás a disposición
más de 100 de nuestros títulos.



CARAY



La oración de la última rana y otras crónicas fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el número 174, y se imprimió en el mes de noviembre del año 2023 en Bogotá.

CIRCULACIÓN
GRATUITA

174

“Señor: tened piedad de la última rana del campo,
ahogada entre el polvo de los pantanos extintos, herida
por las lanzas de las yerbas áridas de las praderas.”

(de "La oración de la última rana")



COLECCIÓN LATERAL

libro al
viento



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES

BOGOTÁ